



Solidaridad

3



Diciembre 1943

B U E N O S   A I R E S

Solidaridad

REVISTA MENSUAL
Aparece el 1.er miércoles de cada mes

Av. Diag. R. SAENZ PEÑA 501, Piso 6.°
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires
DIRECTOR:
Doctor Enrique Benitez de Aldama

Solidaridad de los Católicos Americanos
para la unidad del continente.
Unidad del continente para la paz del mundo.

Año I — Diciembre de 1943 — N.° 3

HEMOS expuesto, en los dos primeros números, claramente los propósitos y el fin de nuestra revista. Jamás habríamos imaginado que no nos comprendieran gentes que se dicen católicas. Que se dicen *católicas, porque católicos auténticos son sólo quienes encuadren su manera de pensar y de proceder dentro del espíritu sobrenatural que no está sujeto a factores de orden temporal, discutibles y cambiables. Y así, mientras por una parte nos da ánimo el elogio escrito de arzobispos, obispos y sacerdotes, del país y del extranjero, por otra nos asombra la incomprensión e ignorancia de seres tan atados a lo terreno que no conciben se pueda nadie elevar sobre las dos tendencias que dividen al mundo y lo llenan de sangre y de odios, en esta hora confusa, de revolución universal.*

La caridad que vino a predicar Jesucristo y que se perpetúa

en el espíritu de la Iglesia Católica, esa caridad que es amor en su más puro y exacto significado, nació cuando no existían las naciones actualmente en guerra.

Pero la guerra actual contribuye evidentemente a que se aflojen los resortes de ese amor sobrenatural, único que nos diferencia realmente de las bestias.

Se puede explicar no nos comprendan gentes que militan en campos opuestos a la verdad del catolicismo, porque no es ilógico desconozcan lo básico de nuestra religión que es su espíritu sobrenatural, aunque en mentes llamadas cultas se diría que tampoco es disculpable.

Atribuir a intereses mezquinos, partidistas o de adulación, orientaciones fundamentalmente ajenas a criterios naturales, no se explica sino en inteligencias romas, ofuscadas o apasionadas.

Aclaramos otra vez la finalidad de la revista como respuesta a la buena voluntad, aunque algo ingenua, que suponen algunas cartas recibidas. No leemos la correspondencia anónima porque no sería posible hacer bien alguno a quienes demuestran irresponsabilidad y cobardía.

En suma, no pretendemos sino la unión de los católicos.

Nos dirijimos primero a los de nuestra patria, cuyas diferencias de opinión en problemas sociales o en formas sobre regímenes políticos, como quiera que pertenecen al orden natural y temporal, no debieran confundirse ni gravitar en el orden de lo sobrenatural y de lo eterno.

Y entendemos hacer así obra de verdadero y legítimo patriotismo de acuerdo al consejo del Salvador: "dad a Dios lo que es de Dios y a César lo que es de César" y primero es Dios que César. Más aún, esta unión sólidamente espiritual quizá sea la forma mejor para que aun en el orden temporal seamos respetados y no dependamos de ningún imperialismo extranjero.

En segundo lugar y para seguir el otro mandato de Jesucristo: "amaos los unos a los otros como Yo os amé", trabajamos por la unión de los católicos americanos, pero entiéndase bien, primero de los hispano americanos *con quienes tenemos parentesco hecho de afinidad, de historia, de ideales y sufrimientos comunes, que constituyen entre nosotros un modo definido e inconfundible de ser y de vivir.*

En tercer lugar nos interesa vivamente la unión de todos los católicos del mundo para que, en bloque compacto y homogéneo y siguiendo obedientemente las directivas del Romano Pontífice, logremos constituir el ejemplo y la "sal del mundo".

En esta forma, ese mismo Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra, cuya inmensa autoridad moral es indiscutible, representante de una masa de millones de seres sin diferencias, podría influir más fácil y directamente en el estableci-

miento de un verdadero orden cristiano en el mundo, en todo aquello que una lo temporal y natural a lo sobrenatural y eterno.

Porque la organización del futuro orden internacional no depende solamente de los problemas económicos, que habrán de resolverse en alguna forma, una vez terminada la presente contienda mundial.

Todos los graves problemas sociales de post-guerra dependen y se unen en forma directa a cuestiones de orden esencialmente moral y espiritual.

Nadie mejor ni más apto que el Romano Pontífice para el arreglo justo de la paz futura de las naciones, porque son hijos suyos todos los católicos del mundo, gobernantes y gobernados, y porque le interesa el bienestar temporal y la salud eterna, también de los no católicos.

La actual contienda quizá no se habría producido si los gobernantes se hubieran aproximado a quien posee el summum del poder espiritual.

Más aún, desde cierto punto de vista, debieron aproximarse a él como deberían hacerlo ahora, para que el Papa, no sólo participe sino dirija la solución de los problemas que respectan al bienestar espiritual y material de sus hijos diseminados (y desgraciadamente muchos de ellos desunidos) en todas las naciones.

Expuesta a grandes rasgos nuestra finalidad, no puede extrañar ya a nadie que no aceptemos el racismo, ni el totalitarismo, ni el liberalismo, ni el comunismo ateo, ni ninguna otra de cuantas herejías haya condenado expresa y claramente el Romano Pontífice, que es nuestro Jefe y nuestro Padre y el representante de Jesucristo en la tierra y cuyas directivas — en este terreno de herejías— estamos obligados a seguir todos los católicos, sin subterfugios, ni restricciones, ni engaños, paradójicamente valientes y auténticamente subalternos. Porque hay muchas formas de ser esclavo y sólo la libertad del espíritu es completa libertad.

Con lo dicho hasta aquí, para quien no tenga positiva mala voluntad, huelga demostrar que nuestra revista no está subvencionada por los aliados ni por las naciones del eje y que nuestros propósitos y los de nuestros colaboradores, están por encima de estas interesadas e indignas mezquindades.

Lamentamos exponer estos detalles a cuantos quieran leernos, pero nos ha parecido oportuno afirmar y firmar lo que escribimos, para evitar engaños y disipar rumores, reales o posibles.

No nos admiran ni desaniman esos rumores ni cualquier otra oposición; sabemos que aun sobre Instituciones Sagradas,

y sobre personas intachables caen a diario, no sólo rumores sino improperios y calumnias.

Si los que pueden disponer de medios represivos y contundentes son víctimas de la murmuración, los que no disponemos sino de la sinceridad de nuestra prédica y de nuestra vida, no podemos abrigar pretensiones de mejor trato.

Quisimos aclarar de una vez por todas el objeto y espíritu de nuestra publicación para que el silencio no se convirtiera en fiscal de nuestra conducta, que personalmente no nos habría preocupado defender, pero que por lo que atañe a colaboradores, amigos y lectores debíamos explicar. Hemos seguido aun en esto el consejo bíblico: "cuida tu buen nombre".

Y si después de defender la verdad y de vivirla, nos corresponde caer por ella, no será valor lo que nos faltará —con la gracia divina—, sabremos morir por Jesucristo y por su Iglesia, con parejo entusiasmo al que tendríamos si debiéramos dar la vida por la patria. Otras valentías por problemas temporales y minúsculos no nos interesan, aunque pasáramos por cobardes a la incomprensión o a la suspicacia ambiente.

Enrique Benítez de Aldama

A NUESTROS LECTORES

En la entrega anterior de nuestra revista, la premura por darla al público con puntualidad, nos impidió aclarar la gentil dedicatoria con que ya en prensa SOLIDARIDAD, nos honrara Su Excelencia el Señor Embajador de los Estados Unidos del Brasil, cuyo texto era así:

"A la revista "Solidaridad", con toda simpatía.

JOSÉ DE PAULA RODRIGUES ALVES

Europa apuñalada

La doctrina de la doble moral de origen pagano, asimilada por los Bizantinos, penetró en la época de las Cruzadas en Europa; durante el Renacimiento se enseñoreó de ella, provocando la desintegración del orden social cristiano, basado en el principio de la moral única, e iniciando el proceso de la vuelta a la barbarie.

I.—EL MAL VINO DEL ORIENTE EN LA EPOCA DE LAS CRUZADAS...

EX Oriente lux... La luz vino del Oriente, y se extendió por el Occidente; su foco se trasladó aquí, dejando al Oriente sin luz; y desde entonces fluyen del Oriente las sombras y se desliza el mal, disimulado entre ellas.

Antes de las Cruzadas se instilaba el mal inadvertidamente sin causar trastornos graves; pero ya con la primera precipitóse a raudales. Sus gérmenes encontraron en Europa suelo fértil, brotaron y echaron profundas raíces.

Nos hemos acostumbrado a mirar las Cruzadas por un solo lado, el lado luminoso, la explosión sublime del fervor espiritual, la expresión más acabada de las virtudes cristianas llevadas a las cumbres del heroísmo.

Pero las cruzadas también eran otra cosa muy distinta, y también tenían sus sombras, porque representaban el desencadenamiento de las furias humanas lanzadas en tropel a los espacios exteriores y significaban la evacuación para afuera de la crápula que corroía desde adentro el organismo feudal de la Europa medieval.

Es cierto que la amenaza de Islam era cosa concreta y entrañaba un peligro mortal para la civilización cristiana del Occidente. Pero también puede tomarse por cierto que Urbano II, exasperado de la ineficacia de los medios que la Iglesia desde hacía tiempo venía empleando para apaciguar los ánimos de los caballeros feudales, que mutuamente se degollaban en continuas "guerras privadas", devastando ciudades, villas y poblados, apeló al último y extremo recurso, proclamando la guerra santa contra los infieles, seguro de que por las esclusas, de este modo abiertas, se desaguaría el ambiente cristiano de malas pasiones que lo ahogaban.

●

Los cruzados "buenos" se marcharon a la Tierra Santa para conquistar el Santo Sepulcro, salvar sus almas y ganarse el cielo. Pero junto con ellos iban también los cruzados "malos" y éstos sólo soñaban en las cosas terrenas, cuidaban de su propio provecho y se ingeniaban en apoderarse de lo ajeno sin reparar en los medios.

Con la salida de estos cruzados el mal fué echado del Occidente para afuera, como basura e inmundicias pestilentes, se descongestionó el ambiente y se restableció por algún tiempo la concordia en la cristiandad.

Pero allí dentro subsistían latentes sus focos infectos. Y cuando con las olas de reflujo quedó traída de vuelta la basura peor que antes y más contaminada, se reavivaron los focos, se propagó la peste en las almas, y el mal cundió por todos los ámbitos del Occidente más que nunca impúdico y arrogante.

No negamos que las Cruzadas abrieron las puertas del Oriente y por ellas penetró al Occidente el hálito vivificante de la floreciente cultura árabe, y de la tradición de la antigua Héllade, cultivada en Bizancio. El contacto con el Oriente había fecundizado la civilización medieval y le hizo un bien inmenso, dando origen al brioso y exuberante primer Renacimiento, el de "trecento", el período cumbre de la Edad Media.

Pero, por desgracia, las mismas puertas comunicaron con el Bajo Imperio, y, entonces, de éste, y de sus instituciones políticas, vino al Occidente una ráfaga de conceptos mórbidos, que contaminaron el ambiente, se inocularon en las almas de los señores feudales, y habiendo roído las ataduras de las pasiones, soltaron a ésas a los

cuatro vientos. Y, justamente, este efecto de las Cruzadas, tuvo derivaciones nefastas. A ochocientos años de distancia estamos hoy purgando la culpa de los que lo provocaron.

●

II.—EL ORDEN SOCIAL PAGANO

En el Imperio de Oriente se perpetuaba natural y legalmente la tradición política y administrativa del Imperio Romano. Sus Emperadores solían llamar a Bizancio (Constantinopla) la "Nueva Roma", al pueblo de la metrópoli "romano", y a sí mismos se daban el título de "patricios romanos".

El nexo de unión entre ambos Imperios, en el curso del tiempo, se hallaba en el período de la decadencia de Roma. De manera que el Imperio naciente entraba en la vida decrépito desde la cuna.

El Imperio de Occidente reventó bajo el empuje arrollador de las fuerzas vigorosas y renovadoras de los bárbaros. El Imperio de Oriente perduraba entre los pueblos levantinos, sufridos y sumisos, que desde la más remota antigüedad estaban acostumbrados a vivir siempre bajo algún yugo, algún régimen de opresión.

Constantinopla del siglo XI ostentaba todas las taras heredadas de su progenitora —la Roma del Imperio—, agigantadas y profundizadas; y al mismo tiempo impresionaba la imaginación de los cruzados, de los señores feudales de Occidente austeros y toscos, con el despliegue fantástico de la deslumbradora magnificencia de la corte imperial.

El vicio se presentaba a los ojos encubierto de atavíos resplandecientes, atractivos irresistibles.

●

Los comienzos de Roma Imperial eran esplendorosos. Creada por el genio de Julio César y de Octaviano Augusto, abundaba en gobernantes sobresalientes. El período de los Antoninos fué magnífico. Los hombres mejores del Imperio, justos y virtuosos, asesoraban a los emperadores en los negocios públicos y componían las leyes, creando modelos inigualables en su género. Y hasta hubo filósofos en el solio imperial como Marco Aurelio. Y, sin embargo, a pesar de todo esto, a pesar de los gobernantes sabios y justos y de las leyes insuperables, Roma, que parecía desafiar a los siglos y pretendía la vida eterna, se desintegró, se descompuso, se corrompió, desapareciendo por completo y para siempre del escenario del mundo como un organismo político.

Y este hecho que aparentemente repugna la lógica, induce a creer que, quizás, habríanse de buscar las causas de la descomposición de Roma Imperial en los que, comúnmente, son considerados como sus más gloriosos constructores: los sabios, los virtuosos y los justos.

A ellos, que formaban la élite intelectual, se debía la *racionalización* de la vida en Roma, y, en cierto modo su *deshumanización.*

Para los contemporáneos de Cicerón y para sus descendientes, todas las pasiones humanas eran esencialmente malas; las llamaban *perturbaciones* y, según profesaban, únicamente los hombres dotados de una fortaleza de carácter excepcional, los "sabios", estaban en condiciones de extirparlas en sí mismos y de alcanzar el estado de perfección en la *impasibilidad;* este fué el ideal supremo de los estoicos.

En cuanto al común de las gentes, a la gran masa de los que no entraban en la categoría de "sabios", las pasiones se manifestaban en ellos como una fuerza absolutamente indomable por los medios interiores propios de cada individuo, pudiendo ser dominadas sólo mediante la imposición exterior, la coacción.

A esto último tendía la organización política de la sociedad civil; y este fué el objetivo fundamental que perseguía el Imperio, cuya organización y programa de acción estaban encaminados a normalizar el funcionamiento del mecanismo pasional del pueblo de tal manera, que la expansión de las malas pasiones no destruyera o perturbara el orden público y no amenazara la subsistencia misma de la sociedad y del régimen.

Los "sabios", ideaban las normas para el ordenamiento de la vida de la comunidad, creaban las leyes, y el poder político del Imperio las promulgaba, las hacía respetar y aplicar en la práctica de la vida.

Las normas de los sabios se basaban sobre el concepto de la primacía absoluta de la *razón*, y el desprecio absoluto de las *pasiones*, y en consecuencia tendían a *racio-*

nalizar la vida gregaria y a *reglamentar* la expansión de las pasiones.

Leyes, códigos, estatutos no eran, en el fondo, otra cosa sino las limitaciones que se imponían a la libre expansión de los vicios y de las malas pasiones, a fin de proteger el orden público, y la estabilidad de sus instituciones.

●

El poder imperial tuvo gran empeño, en imponer esas normas al pueblo, lo que consiguió con señalado éxito. Pero el sistema adolecía de graves inconvenientes: el "enjaulamiento" de las pasiones por la vía coercitiva hacía preciso emplear para ello un aparato ejecutivo enorme, y éste, a medida que iba creciendo, aumentaba en pesadez, a la par que se extendía la distancia que separaba la autoridad suprema del simple ciudadano, interponiéndose entre aquél y éste una cadena jerárquica descomunal de funcionarios. En consecuencia la autoridad suprema se hacía paulatinamente más absoluta, y al mismo tiempo más arbitraria, frente a los ciudadanos, la conducta de los subalternos.

En la época de Constantino la maquinaria burocrática del Imperio llegó a constituir una masa gigantesca de funcionarios, superpuesta a la masa del pueblo. Fué entonces cuando se hizo sentir otro efecto deplorable del sistema: aunque éste reglamentaba y normalizaba el funcionamiento de las pasiones en la masa de los gobernados nunca llegó, ni siquiera lo había intentado, a hacer lo mismo con las pasiones de los que integraban la maquinaria gubernamental y la manejaban.

De aquí el régimen de la fuerza, los abusos del poder, la opresión y prepotencia.

En estas condiciones, lógicamente, tuvo que suceder lo que había sucedido: el Poder Ejecutivo absorbió todas las atribuciones y convirtióse en autocracia, y la autocracia se puso a sí misma por encima de las normas que regían la masa popular; así que se crearon dos medidas para la conducta de los hombres —una para la gente común, otra para el bloque de los gobernantes—; se había llegado, de este modo, a *enjaular* a la bestia humana que moraba en la masa de los gobernados y a *soltar* a la que engendraban los gobernantes.

III.—EL ORDEN SOCIAL CRISTIANO

El cristianismo provoca una resolución fundamental en los sistemas paganos de la estructuración política y social de las comunidades humanas.

Los Evangelios y la Tradición de los primeros tres siglos de la Nueva Era, fijan la posición del hombre en el mundo y trasladan en el interior de éste la guía y medida de su conducta, proclamando la plena capacidad del hombre para gobernarse a sí mismo.

San Agustín, en "La Ciudad de Dios" esboza la teoría del nuevo orden social y político basado en tales principios.

No hay pasiones malas o buenas, —decía—, sólo hay malas o buenas voluntades.

"Lo que importa es saber cómo es la voluntad del hombre... si es ella desordenada todos sus movimientos serán desordenados, y si es derecha serán ellos inocentes y hasta loables..."

"La voluntad del hombre, con los diferentes objetos que la atraen o la hieren, que ella desea o de las que huye, se trueca o se transforma en estas diferents afecciones..."

Así que todas ellas "son buenas en los que viven bien y malas en los que viven mal...", y vivir bien significa vivir según Dios.

"Los miembros de la Ciudad de Dios viven según el espíritu y no según la carne, es decir, según Dios y no según el hombre".

El cristianismo fija el centro de gravitación del mundo humano en el amor. "Amaos los unos a los otros como yo os he amado", enseña el divino Maestro. Para la Tradición y para los Doctores de la Iglesia la *caridad* es la reina de las virtudes. El amor engendrado en la caridad se santifica, y como la madre de todas las pasiones, según Bossuet, las santifica todas.

"El peso de mi vida es mi amor" —"pondus meum, amor meus"— dice San Agustín, y refuta enérgicamente la posición de los estoicos: "y si ha de decirse *apatía* o *impasibilidad*, cuando totalmente se carece de afecto ¿quién no diría que esta insensibilidad es peor que todos los vicios?" Sostiene, pues, que profesar y practicar tal ideología equivale a "perder toda humanidad".

●

Pero aquí tropezamos con el mismo obstáculo que causó el descarrío de los estoicos: la incapacidad del hombre para dominar sus propias pasiones. El cristianismo ofreció el medio destinado a vencer este obstáculo.

Es cierto que para el hombre, abandonado a sus propias fuerzas, sus pasiones resultan poco menos que indomables. Pero Cristo redimió al hombre, lo reconcilió con Dios, y le abrió las fuentes de su gracia. Y la gracia divina es, justamente, la energía espiritual que le faltaba al hombre para que pudiera, auxiliado por ella, lograr el dominio de sí mismo, saber discernir lo que es de Dios y vivir según ello, reprimiendo los impulsos de la carne.

Basta amar a Dios, para quedar ligado con El, y estando conectado con Dios por los lazos del amor, automáticamente empieza a fluir por estos lazos de Dios al hombre la gracia, y por obra de ésta puede el hombre vivir ordenamente, o, según la fórmula, "cristianamente".

"Amad a Dios y haced lo que querais", exclama S. Agustín.

Se basa, pues, el nuevo orden, el orden cristiano, en la autodeterminación del hombre, en el autocontrol que el mismo ejerza sobre sus propios actos, su propia conducta.

En este orden, la moral no está sólo en las leyes, los decretos, reglamentos, más que afuera está en el interior del hombre, en su conciencia, iluminada del Espíritu Santo. Si la moral íntima del hombre inspirada en la Ley de Dios no concuerda con las imposiciones de las leyes, los decretos, reglamentos dictados por la autoridad humana, el hombre no se somete a esas imposiciones, se opone a ellas, y prefiere la palma del martirio a la desobediencia al mandamiento divino.

Por esta razón las leyes humanas para ser obedecidas deben también responder a las exigencias de estos mandamientos. La Ley de Dios, se sobrepone, pues, a las leyes humanas, y la autoridad de Dios se coloca por encima de toda autoridad temporal. Y en consecuencia, en el nuevo orden cristiano la Ley de Dios es una e indivisible para todos y deben someterse a ella al igual gobernantes y gobernados, el emperador con sus funcionarios y el más humilde de sus súbditos.

Una sola Ley y una sola moral para todos los miembros de la Ciudad de Dios.

IV.—CONTAMINACION PAGANA DEL IMPERIO DE ORIENTE

Los emperadores, empezando por Constantino, aceptaban la nueva religión pero se resistían a hacer lo mismo con el nuevo orden social.

En el Imperio pagano el emperador reunía en sus manos las atribuciones políticas a la par que las religiosas; además de ser el Jefe absoluto del Estado fué también el sumo sacerdote del culto oficial del Imperio.

Constantino y muchos de sus sucesores no querían renunciar a sus pretenciones al sumo pontificato en el Imperio cristianizado. Hasta el siglo V° solían agregar a sus títulos el de *Pontifex Maximus*, que se encuentra grabado en numerosos monumentos.

"Yo también soy obispo —se complacía en repetir Constantino a los sacerdotes—; pero vosotros sois obispos encargados de los asuntos internos de la Iglesia; y yo soy designado por Dios para ser obispo de afuera".

¿Y no insistía en lo mismo el emperador León Isauriota, cuando escribía al Papa Gregorio: "¿acaso ignoras que yo soy sacerdote y rey?"

Así, pues, los emperadores cristianos, imitando a sus predecesores paganos, porfiaban en conservar las antiguas prerrogativas religiosas, a fin de poder asumir, sin restricciones de índole moral, la dirección total de los negocios del Imperio, prohibiendo la intromisión en ellos de la autoridad espiritual, y más que ello todavía, pretendiendo, no pocas veces, obligar a ésta a hacer concesiones en lo doctrinario a favor de lo temporal, si así lo exigiese la razón de Estado, el interés de Imperio.

A estas pretensiones se oponían decidida y enérgicamente los obispos de Roma, no admitiendo que los emperadores usurpasen el privilegio de tener para sus negocios y para su uso particular otra moral y otras normas de conducta que las impuestas por la Iglesia a la grey de los fieles.

En consecuencia desde el momento mismo en que fué acordada a la Iglesia la libertad de culto, ya aparecen los primeros síntomas de los futuros conflictos entre el Imperio y la Iglesia, que se manifiestan en dos tendencias antagónicas e irreconciliables: la tendencia de la Iglesia de *cristia-*

nizar el orden pagano en el Imperio y la de los emperadores de *paganizar* el orden cristiano que la Iglesia tendía a implantar en el mismo.

Los emperadores fracasaron en sus intentos en Roma pero lograron imponer sus conceptos en el Oriente; los papas fueron desoídos y desobedecidos en el Oriente, pero los principios sostenidos por ellos triunfaron en el Occidente.

●

Observa Donoso Cortés en una de sus obras, que en el fondo de todas las disidencias políticas siempre hay una cuestión teológica. La afirmación no pierde su valor al ser invertida: en toda controversia teológica hay un fondo político. Y nada lo demuestra con mayor claridad que las divergencias que desde los tiempos de Constantino hasta Focio y Cerulario (siglos IV hasta XI) surgían entre la Iglesia de Roma y la de Oriente, y cuya trama la formaban las cuestiones políticas que los emperadores trataban de solucionar contrariando los dogmas de la Doctrina Cristiana.

El clero oriental se mostraba más dócil a las imposiciones del poder imperial, sin embargo, a pesar de todos los medios de prepotencia empleados por los emperadores, no lograron éstos anular la autoridad de los Papas, ni transferirla en los llamados "patriarcas ecuménicos" de Constantinopla.

Los Papas protestaban infructuosamente contra la usurpación de ese título que involucraba tendencias separatistas. El Papa San Gregorio viendo vanas sus reclamaciones, decidió entonces darse a sí mismo el título de *servus servorum Dei*, como acto de humildad frente a la soberbia de otros que se hacían llamar patriarcas "ecuménicos".

Corresponde al emperador Justiniano la triste gloria de inaugurar el sistema totalitario del régimen, conocido bajo el nombre de cezaropapia, en que el jefe de Estado se arroga las atribuciones del Jefe de la Iglesia.

"El obispo de afuera, ha penetrado en el interior del santuario; ya no saldrá más de el, y con el correr del tiempo aparacerá ante los ojos de las multitudes investido de autoridad religiosa del obispo de dentro".

No faltaban en Bizancio sacerdotes serviles que alentaban las pretenciones de los emperadores y los justificaban plenamente.

Ya Eusebio de Cesaréa, apologista de Constantino, lo adulaba en estos términos: "le fué comunicada sapiencia de Dios, por esto es sabio; su bondad, por esto es bueno; su justicia, por esto es justo. Su inteligencia es reflejo de la inteligencia divina: él participa del poderío del Altísimo".

El famoso monje Agápito, en en una memoria dedicada al "divinísimo" Justiniano, expuso la teoría del poder "total" del emperador: "El *basileus* está designado para el imperio por un designio especial de Dios. El está predestinado por Dios para gobernar el mundo, así como el ojo (congénito) en el cuerpo para dirigirlo. Dios no necesita de nadie, el emperador sólo necesita de Dios. No hay intermediarios entre la divinidad y él".

La persona sagrada del emperador se eleva por encima de todo lo humano, revestida de facultades sobrenaturales al recibir la unción, signo del sacerdocio, y entrando a ocupar de este modo el lugar de preferencia entre los jerarcas de la Iglesia, recibiendo en ella el tratamiento de *isapostólico*, igual a los apóstoles, y aún más: de décimotercero apóstol.

●

En Bizancio fué completa la victoria del poder imperial sobre la autoridad espiritual. El emperador se había instituído en el único y exclusivo representante de Dios para gobernar el mundo, ejerciendo el poder conforme a su propio arbitrio, inspirado directamente del Espíritu Santo, y por lo tanto, sustraído a todo control humano.

La doctrina pagana sobre la primacía absoluta y extensión ilimitada del poder imperial quedó definitivamente instaurada en un régimen cristiano; la religión quedó recluída al recinto consagrado al culto, y los principios de la Doctrina eliminados de la vida pública; el *cristianismo* ya no era más que un asunto privado de los hombres y aún del mismo emperador, y en cuanto a los negocios del Imperio dominaba en ellos despóticamente el *paganismo;* la Iglesia dedicóse a velar por la salvación de las almas, pero el cuidado por todo lo demás, por el orden político y social del Estado lo tomaron los emperadores a su cargo exclusivo.

Justiniano, por cuya orden se había compilado el célebre código, tan elogiado por

los admiradores del derecho romano, restituyó la doctrina social antigua, y la erigió en la ley fundamental del Imperio.

Establece, pues, en el art. 1 (tít. IV) del Digesto lo siguiente: "*quod principi placuit legis habet vigorem*" — "lo que plugo al príncipe tiene fuerza de ley".

El pueblo no interviene para nada en los asuntos del Estado porque en el mismo artículo —aclara el legislador que "el pueblo le confiere a él (al príncipe) y traslada en él toda su autoridad y poder".

Tampoco Dios tiene participación alguna en esta transferencia. El sólo se limita a predestinar al sujeto para el ejercicio de la potestad, con lo que ésta inviste el cáracter sagrado; y la cosa de allí no pasa, el predestinado no contrae con Dios ninguna obligación. Si su conducta es buena Dios lo premia, si es mala lo castiga; pero buena o mala es un asunto privado entre Dios y el príncipe, y no incumbe a nadie inmiscuirse en él, porque entre ambos no se toleran ni se necesitan intermediarios.

V.—DEPURACION CRISTIANA DE LOS REINOS DE OCCIDENTE

En el Occidente el proceso de cristalización del orden cristiano empieza en la primera mitad del siglo VII y se verifica en la España Visigoda.

Con la conversión de Recaredo se reconcilia el reino de los Godos con la Iglesia Romana y vuelve a la ortodoxia. Y desde entonces se empeña la jerarquía española en hacer triunfar en el reino el cristianismo integral, el cristianismo como culto y el cristianismo como orden social y político.

Al genio de San Isidoro de Sevilla debe la humanidad las definiciones exactas del nuevo orden —y a su energía— el haberlo llevado a la práctica.

Para San Isidoro, Dios y no el pueblo es la fuente de toda autoridad y de todo poder. El pueblo tiene facultad sólo para designar al sujeto, y al elegido Dios confiere la autoridad y poder para gobernar en su nombre y de acuerdo con su voluntad y su Ley. De este modo es Dios quien verdaderamente manda, y la misión del rey se reduce a la ejecución de sus mandatos.

San Isidoro es categórico a este respecto; en sus "Etimologías" deja sentada la doctrina con toda claridad: "Rex eris si recte facis; et si autem non facis rex non eris", lo que en sabroso romance de la época significa: "serás rey si fecieres derecho, e si non fecieres derecho non serás rey".

Los cánones de los famosos Concilios de Toledo, celebrados en el curso del siglo VIII hasta la invasión de los árabes en el año 721, precisan y fijan las normas, que determinan el nuevo orden cristiano adoptado por los godos en la península Ibérica.

El más importante es el célebre canon 75º del IVº concilio, reunido en Toledo en 636, bajo la presidencia del propio San Isidoro, y en el que ha sido elaborado y sancionado el estatuto legal del reino cristiano.

Posteriormente, quedaron recopilados los cánones de los concilios toledanos en "Fuego Juzgo", cuya ley 2ª, (tít. 1), sancionada en el VIIIº Concilio, repite y proclama la tesis isidoriana: "Doncas, faciendo derecho el rey, deve aver nome de rey, et faciendo torto, pierde nomne de rey".

Gracias a los talentos y esfuerzos de San Isidoro, los principios cristianos penetran en la constitución del Estado y en la vida pública, señalando al pensamiento político rumbos nuevos.

La subordinación absoluta del poder temporal a la Ley de Dios, coloca bajo el imperio de ésta a los reyes y a los simples ciudadanos, sin admitir en lo espiritual graduación de los privilegios entre ellos. La más perfecta igualdad frente a Dios condujo, lógicamente, a la imposición de una sola ley moral para todos, de una sola ley moral que rigiera a los hombres de todas las condiciones sociales, gobernara en los pueblos y normalizara las relaciones entre ellos.

●

VI.—DOS SISTEMAS MORALES EN PUGNA

Así, pues, el cristianismo medieval se desarrollaba en dos climas distintos.

El clima del Oriente, era desfavorable para el cristianismo integral; el de Occidente le era sumamente propicio.

El cristianismo bizantino, se vió forza-

do a tolerar en el Imperio el antiguo orden pagano de doble moral; el cristianismo occidental impuso en los reinos de los bárbaros el nuevo orden, el orden cristiano, de una sola ley moral.

La admisión del principio de dos morales encubría en realidad un método hábil para el aprovechamiento legal de las malas pasiones que fomentaba el príncipe en sus súbditos según lo impulsara a ello su interés o su capricho. Con toda impunidad el príncipe podía dar rienda suelta a sus propios vicios y malas inclinaciones; la doble moral lo absolvía de los pecados, que no se perdonaban al hombre común.

Gracias a esta doble moral, las guerras significaban el desencadenamiento bestial de las malas pasiones. La soldadesca luchaba con toda la furia requerida, si la moviera odio, soberbia, codicia, lujuria... El comando no ponía coto a sus excesos, para que no menguara su combatividad.

El sistema de una sola moral, tendía a crear en cada hombre el sentido de responsabilidad por sus propios actos; les inculcaba el deber de vigilar sobre sus propios movimientos pasionales, esforzándose por transformar las malas inclinaciones en "buenas voluntades", según la fórmula de San Agustín.

La Iglesia cuidaba no sólo de la salvación de las almas en la vida futura, sino que también enseñaba *"a los hombres a vivir bien y ordenadamente según el placer de Dios, e otrosí segud conviene a la buena vida en este mundo"* — como se expresara el Rey Sabio en el "Código de las Siete Partidas".

En los innumerables concilios provinciales que se reunían casi todos los años en los reinos occidentales desde el siglo VII hasta el XI, insistía la Jerarquía en el deber de todos los fieles de guardar la Ley de Dios en todas las circunstancias de la vida, y se oponían tenazmente a las exigencias de los príncipes de concederles el trato de privilegio, de aplicar a ellos las normas morales especiales, o sea, crear el sistema de dos morales, una para los humildes y otra para los poderosos y grandes de la tierra.

La Iglesia occidental nunca transigió en este punto; abundan los cánones que contienen sanciones severísimas, —excomuniones, anatemas—, contra los príncipes y reyes, que se resistían a conformar sus actos a las normas de la moral cristiana.

No pudiendo suprimir las guerras, trataba la Iglesia de Occidente, por lo menos, de limitar su número y suavizar su brutalidad y sus efectos desastrosos para la población pacífica.

Aparece pues la Caballería, instituída bajo la inspiración directa de los preceptos de la moral única, y fija para las gentes armadas las reglas de conducta en la lid y en tiempo de paz. El Rey Sabio las llama "defensores" porque *"son los que han de defender a todos"*, y exige de estos *"que de una parte sean fuertes y bravos... para espantar los enemigos e arredrarlos de sí...e de otra parte mansos e omildosos... para falagar e allegar que con ellos fueren..."*

Cuando empezó a propagarse por el occidente la plaga de las guerras "privadas", definen los cánones de los concilios medievales el concepto de la "guerra justa", y prohiben terminantemente, bajo penas eclesiásticas, destruir o incendiar las iglesias, los claustros y hospitales, ni causar daños a las mujeres, los niños y ancianos, ni combatir en ciertas horas del día, en determinados días de la semana y determinadas semanas del año, a lo que obligaba la llamada "tregua de Dios".

Todo esto era desconocido en el Oriente. Se lamenta Berdiaeff del mal de Rusia, porque no tuvo caballería en la Edad Media, y el pueblo ruso no pasó en aquel tiempo por la escuela moral de esa institución. No advierte Berdiaeff que la Caballería fué la fructificación del orden cristiano, el efecto directo del sistema de la moral única, irrealizable en el régimen de doble moral, en el ambiente social pagano. El mal de Rusia, de Bizancio y de Oriente tiene su causa en la entronización del orden pagano en la vida pública.

Este orden rechaza, expulsa y castiga, lo que el cristiano favorece, protege y fomenta.

●

VII.—PAGANIZACION DEL OCCIDENTE

Desde el siglo X° el orden cristiano empieza a desmoronarse.

Los emperadores germanos del flamante Sacro Imperio Romano, entablan la lucha con el Papado por la primacía del poder temporal. Los Papas resisten valientemente a las tentativas imperiales de "bizantinizar" el occidente, alegando la famosa tesis de San Isidoro de Sevilla: *"rex eris si rectefacis; et si autem non facis, rex non eris"*; los emperadores, apolándose en la tradición cesárea les oponen la fórmula de Justiniano: *"quod principi placuit, legis habet vigorem"*.

Con las Cruzadas el mal bizantino penetra en Europa y se difunde por los reinos occidentales. Es curioso observar cómo se propaga siguiendo los pasos de los caballeros cruzados, y las vías de comunicaciones comerciales. Primero descubrimos su presencia en Venecia, luego reciben el contagio Florencia, Génova y otras republiquetas italianas. Las más próximas al foco de la infección, las más activamente conectadas con él, son primeras para caer víctimas de la peste.

En pleno desarrollo del proceso patológico, lanza en circulación Maquiavelo su teoría sobre la política del "Príncipe", basándose en la teoría bizantina de la doble moral. A la teoría sigue la práctica y se monta en los Estados italianos un nuevo aparato político —la diplomacia—, en la que se combinan ingeniosamente la ciencia del engaño con el arte del disimulo.

●

La caída de Constantinopla vuelca en el Occidente todos los residuos de la podredumbre del Bajo Imperio. Al primer Renacimiento, el medioeval, sigue el segundo, el humanista, ambos nacidos del contacto con el Oriente. El retorno a los estudios clásicos descubre al "hombre natural" del mundo pagano, que no es otra cosa, sino el "animal humano" libre de toda rienda espiritual. Con este descubrimiento los bajos instintos y las malas pasiones, encadenadas por la moral cristiana, quedan legitimadas y soltadas de sus amarras. El hombre se hace voluptuoso y cruel, agresivo y batallador; la fuerza bruta domina el ambiente; triunfa el derecho del más fuerte.

Los príncipes sueñan con el poder absoluto; viene la Reforma y Lutero facilita a los príncipes la realización de sus sueños.

Rechaza el dogma del libre albedrío y proclama el de "siervo albedrío", — declarando que el hombre es impotente para dominarse a sí mismo.

"Caídos, abandonados de Dios, —dice,— Satanás y el hombre son incapaces para querer lo que a Dios le plazca. Hay una inversión permanente en sus deseos; ambos no pueden hacer otra cosa sino de buscarse a sí mismos."

Es la vuelta a la teoría de los estoicos, y la vuelta al orden social propiciado por ellos.

●

Lutero refuta categóricamente la idea del orden social basado en los principios evangélicos. El reino de Dios en la tierra es para él un absurdo; y le parecen incompatibles los conceptos de *ciudadano* y *cristiano*.

En la carta a Spalatin escribe: *"los hombres necesitan ser conducidos por la ley y la espada"*. Y es irrealizable a su juicio el orden social derivado de la libre adhesión a Dios y la sumisión voluntaria al mandato divino. *"En la vida civil la obediencia a la ley debe ser severísimamente exigida; en este dominio no se debe saber nada del Evangelio, de la conciencia, de la gracia, de la Justicia Divina, de Cristo..."* tal es su opinión.

Concede, pues, al príncipe el poder ilimitado. En 1525 lo declara juez supremo en las cuestiones sociales; en 1528 —jefe absoluto de la administración religiosa y en 1530— juez absoluto de la octrina cristiana, "guardián de la Doctrina y de la Fe".

En resumen lo hace dueño absoluto del Estado, y el Estado dueño absoluto de toda actividad humana.

No pone condiciones al príncipe, ni subordina su gobierno a ningún imperativo superior al de su propio placer. "Que viva el príncipe, —suele decir,— como bien le parezca, según el espíritu del mundo; yo me limito a enseñarle cómo debe ser un príncipe cristiano para que pueda entrar en el cielo. ¿Pero quién ignora que en el cielo un príncipe es un bicho raro?"

●

Es el más completo triunfo del césaropapismo en todos los frentes.

El orden pagano de sello bizantino, auspiciado por el Humanismo y ahijado por la Reforma invade todos los Estados europeos. Ni los estados católicos como Austria, España y Francia son libres de su

influencia, porque aún en ellos las Majestades Apostólicas o Católicas no vacilan en liquidar los fueros del antiguo orden social cristiano.

VIII.—LA VUELTA A LA BARBARIE

En el diluvio del paganismo un solo país permanece firme en su fe y su tradición, emergiendo como una isla cristiana en medio del maremágnum del "error", — es Polonia.

Su bautismo data del 963. Con la religión católica romana entra en ella el orden cristiano, que empieza a cristalizarse recién en el siglo XIV, y en los cien años siguientes recibe su forma definitiva, respondiendo exactamente a las normas enunciadas por San Isidoro de Sevilla y llevadas a la práctica por los Concilios de Toledo.

El fenómeno de Polonia es asombroso por la época y el ambiente en que se ha producido.

En pleno Renacimiento, en el siglo de oro de sus literaturas y artes, tributarias del Humnaismo, en la cumbre de su poderío político, afiánzase Polonia resueltamente en los principios del orden social cristiano, abandonado por todos los grandes pueblos civilizados de Europa, como engendro de la incultura medieval.

●

La idea del Reino de Dios en la tierra es la idea-madre de toda la Edad Media en el Occidente, desconocida en la Cristiandad oriental y nunca admitida en Rusia.

La rechaza por quimérica Lutero y la chusma renacentista lo aplaude.

Un sólo humanista se atreve a levantar la voz en defensa de la idea desterrada y clama por el restablecimiento del Reino de Dios en la tierra, —es el gran escritor político polaco del siglo XVI— *Estanislao Orzechowski.* Espíritu inquieto, temperamento fogoso lo ponen a veces en conflicto con la doctrina ortodoxa, sin embargo, nunca logran apartarlo de la tradición ligada con el orden social cristiano. Orzechowski fué, en este caso, el vocero del pueblo, que se oponía radicalmente a la "reforma" de lo que brotaba espontáneamente de su íntima naturaleza y que ha sido para él obra de Dios en lo Eterno.

Resulta verdaderamente inconcebible cómo pudo conservarse Polonia inmune al contagio y sana, hallándose colocada entre dos focos pestíferos, — Prusia protestante y Rusia cismática,— mientras todas las Naciones europeas se llenaban de miasmas pútridos traídos de la lejana y desaparecida Bizancio.

Así que, libre de infección interna, Polonia resiste los embates exteriores del mal. Y no puede ser otra su conducta; nunca llega ella a transigir con la indecencia ni a participar en ella, porque el orden cristiano de la moral única no admite acomodos ni concesiones a las demandas de la doble moral. Convivir en paz con los pecadores —pasa; pero encubrir sus fechorías y tener parte en ellas— ¡nunca!!

Tal actitud vale tanto como declaración de guerra. Las potencias vecinas, sostenedoras del "error" le hacen, pues, la guerra.

La posición geográfica de Polonia la coloca como una barrera entre el Occidente y el Oriente. El "error" oriental para extenderse por el Occidente debe antes forzar la barrera polaca; lo mismo cabe hacer al "error" occidental para invadir el Oriente. Pero la barrera no cede, resiste, y aún forzada obstruye el paso. Sólo sobre el cadáver de Polonia se puede cruzar la barrera; ambos contricantes le clavan, pues, por turno el puñal en el pecho.

Pero puñal en el pecho de Polonia es puñalada en el cuerpo de Europa; Polonia no es más que el punto que señala la herida.

No triunfará la barbarie mientras viva Polonia, porque el grito de guerra de Polonia es la voz de alarma, que despierta conciencias dormidas y las mueve en la defensa del orden cristiano.

Hay una hilación mística en la continuidad de la Esposa de Cristo —Iglesia Romana y el hijo de esta— orden cristiano.

Creado por San Isidoro en España, al desaparecer en ella con los Reyes Católicos resurge hacia esa misma época en el otro extremo de Europa, en Polonia.

Y desde entonces lo defiende esta en su propio suelo, y por este mismo hecho lo defiende en y para la Europa. Y en defendiéndolo así padece persecuciones, recibe golpes, puñaladas, pero con estas puñaladas está apuñalada Europa.

Estanislao Odyenic

L I B R O S

"VIDA DE SANTA ROSA". Por Leopoldo Marechal. Colección Buen Aire.

Nadie mejor que un poeta para escribir la vida de un santo. El poeta tiene el don de hacer sensible con palabras la belleza, y la santidad es la belleza del alma. Leopoldo Marechal llena su cometido con una muy plausible discreción. Ningún floripondio ni ringorrango retórico en su relato. En un tono ordinario nos relata una vida extraordinaria y en una prosa moderna, la virtud heroica, el prodigio, son naturales como en una tabla de primitivo o en la geometría luminosa de los viejos vitrales. ¡Bienhaya esta manera de reescribir la hagiografía!

●

"TENÍA QUE SUCEDER", *Novela*. Por Enrique Larreta.

El autor de "Artemis" suele salir de sus largos silencios, como un buceador de aguas profundas, para ofrecernos la perla conseguida: "Tiempos Iluminados", "La calle de la Vida y de la Muerte", etc. Ahora: "Tenía que suceder". Curiosos también nosotros nos inclinamos sobre la tendida mano del maestro para admirar la gema y, he aquí, honestamente, lo que hemos visto. Ante todo una prosa clara y un diálogo ágil, alguna imagen feliz y un par de frases más o menos ingeniosas. Creemos descubrir una intención ejemplar que no se cumple ni en lo sustancial ni en lo formal de la novela. Trátase de una narración "d'apres guerre —1914-18—" que ha llegado tarde. En esta vacua y nacarada caracola de arte no resuena el mundo de hoy. Sus livianos personajes son tres haraganes de psicología retrasada, tres inestables eróticos que no saben lo que quieren, premeditadamente reunidos por el autor en una casa... junto al mar, para facilitar el desenlace. Marga, divorciada que contrajo en Estados Unidos descoco y neurastenia, dice a su amante frases delicadas como esta: "Tú me das lo mejor que puedes ofrecerme: tu animalidad", o la afirmación del mismo: "..tú eres para mí el estímulo supremo", y hay frases peores aún. Isabel, espíritu profundamente cristiano, practica, como la otra, el juego, el lujo y el amor libre. ¿Sabrá el señor Larreta lo que es tener un espíritu profundamente cristiano? Por otra parte, esta Isabel que es celosa, muy celosa, celosísima, va invitada a esa casa, para recuperar a su ex amante, amante ahora de Marga, besuqueando sinceramente a su rival, que es su amiga. En cuanto a Eugenio, tercero en discordia, es un tipito desaprensivo que en la obra besa a todo el mundo, empezando por la criada; escapan a su efusividad osculatoria únicamente el empresario, quizá por feísimo, y doña Gertrudis, en homenaje a sus muchos años. Seres así, suelen copiarse sólo de una realidad inmediata, pero no son caracteres sino larvas psicológicas y jamás se hubieran enfrentado en verdadero conflicto de sentimientos, si así no hubiese placido a la omnímoda voluntad del autor.

También ha querido innovar, ensayar un género literario nuevo: el teatro anovelado, la novela teatral... y habría salido con la suya; pero el género existe de larga data y con gloriosa estirpe, sino de más lejos, desde "La Celestina", que tiene, ¡y vaya si la tiene!, "*la ceñida construcción y la forma dialogada de las obras dramáticas y a la vez, por momentos, la holgura descriptiva y psicológica de la novela*". En lo moderno, Pérez Galdós, Unamuno, Valle Inclán y Julio Dantas han producido sendas y múltiples obras maestras en el género. Entre nosotros, la manera *presentista* de los relatos de Benito Lynch, donde la acción nunca se descongela del pretérito sino que está naciendo bajo los ojos del lector, es un ejemplo que no deja al autor de "Zogoibi" ni el flaco mérito de la novedad tipográfica de la supresión de los nombres en los diálogos y la inclusión de las acotaciones en el cuerpo de la narración.

No va tan allá nuestro juicio sin embargo, que no reconozcamos en este paso del señor Larreta una inquietud saludable; y si no sumamos esta obra a su ingente haber literario, nos place, en el caso, hacerle siquiera un saludo de pedana y reconocer que todavía hay sol en sus altivas bardas.

●

"ISABEL DE INGLATERRA - *Hija de las circunstancias*". Por Hilaire Belloc.

Este libro es en sustancia el examen lúcido y melancólico de una partida que el perdedor, la unidad católica, pudo haber ganado. No es rigurosamente una biografía si bien pinta al vivo las flaquezas y las cualidades de un carácter; es el reflejo de una época, la historia circunstanciada de muchos apetitos, inconsecuencias y torpezas conflagradas por la presión de lo económico para producir dos enormes resultados remotos: la prosperidad material del imperio británico y la ruina de su fe. Nada tiene esta obra de aquella exitosa "Elizabeth, la femme sans homme" que para el teatro escribiera André Josset. Los amores de la Reina virgen con el conde de Essex, centro de interés de aquella obra, apenas cuentan en la Hilaire Belloc una mención de dos líneas. Tampoco se parece a las páginas apasionadas de Froude, de Lytton Strachey o de Jessop. Pero, sobrio, penetrante, preciso, ecuánime, el maestro de G. K. Chesterton, se mueve entre los trastos apolillados de la erudición con un tal dinamismo espiritual que obliga a leerle con ojos muy abiertos.

Miguel Sotomayor



¿QUE ES AKIDA?

AKIDA nació al calor del ambiente cordial del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras y del estímulo que su profesorado infundiera en un grupo de estudiantes. Vino a colmar el vacío que sienten todos los estudiosos, es decir, la posibilidad de vincularse en una empresa juvenil y seria a la vez y la oportunidad de exponer en público las primeras investigaciones, lo cual, a la par de producir una legítima satisfacción, sirve para "quitar el miedo" de hablar frente a un auditorio. Ello se logra mediante reuniones en las que se exponen los trabajos originales de los socios y se comentan las publicaciones más interesantes.

AKIDA busca, además, brindar a sus miembros la oportunidad de viajar. Y espera poder dar, con el tiempo, el más amplio alcance a este propósito. Viajar, para una persona que aspira a ser culta, a adquirir un amplio criterio, a juzgar con acierto a hombres y acontecimientos, es ineludible. Y lo es también para aquel que comienza una investigación, ya que en la mayoría de los casos es imprescindible la consulta de fuentes de información que no están en el lugar en que se trabaja, y ya se sabe que el investigador sólo dificultosamente obtiene apoyo económico. Para cumplir tal propósito, se ha comenzado por lo que resulta más accesible y de mayor utilidad por el momento: viajes de estudio en compañía de profesores. En junio se realizó el primero al Delta del Paraná. El segundo se hará a los valles Calchaquí y Santa María, provincia de Salta, con el fin de realizar estudios arqueológicos y geográficos.

Otros se harán luego a diversas regiones del país, y entretanto se buscará ir estableciendo relaciones con el estudiantado de otras Casas de Estudio del país y de América para que sea posible una amplia labor de intercambio y de colaboración.

VIAJE A TOLOMBON

En un viejo documento de la conquista del Tucumán, "la Probanza de Méritos y Servicios *de Hernán Mexía Miraval", se dice que éste apresó por su persona, en el pueblo de los Tolombones, al cacique Chumbicha, hermano de don Juan Calchaquí. Sin dudas es este mismo pueblo, ruinado por varios siglos, que han sedimentado tierras y hecho crecer el monte en los viejos solares indígenas, el que en los primeros meses de este año descubrió la expedición del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras. Tolombón, más que un pueblo, un topónimo que en el mapa agrupa la pequeña población dispersa de la realidad, se halla situado sobre la margen izquierda del valle de Santa María, que aquí es ancho, cubierto de viñas y de montes con algarrobos añosos y potentes. En este mismo lugar, en una amplia casona colonial, AKIDA instalará un campamento estudiantil. En Tolombón se proyecta realizar un doble programa: 1º un viaje de estudio por la quebrada de Las Conchas y los valles de Calchaquí y Santa María, en el cual los profesores de Geografía Física Dr. Federico A. Daus, Geografía Humana Dr. Romualdo Ardisone y Arqueología Prof. Francisco de Aparicio, explicarán los principales problemas relativos a sus especialidades; luego, la explotación intensiva de las ruinas de Tolombón, colaborando en la labor que realizará allí el Museo Etnográfico.*

En cuestión universitaria volvamos a lo antiguo

TENEMOS que volver a una universidad donde la actividad intelectual sea grande y donde el celo de la verdad sea ardoroso. Tenemos que volver a una universidad donde un diploma de doctor valga por una carta de nobleza, y donde su Rector nos merezca el honor del príncipe de un imperio. Pero para eso, nos tenemos que remontar a la universidad de los siglos pasados. Tenemos que volver a Alberto Magno y a Santo Tomás de Aquino; porque gloria de estos es haber hecho descansar la filosofía cristiana sobre bases francamente peripatéticas primero, y haber sabido depurar, completar y unir en una vigorosa síntesis los materiales acumulados por las generaciones pasadas. El Maestro introduciendo a Aristóteles en el mundo latino civilizado, el discípulo depurándolo con la revelación y completándolo con muchos elementos de su creación genial estructura al férreo armazón de la filosofía perenne. Las universidades así, cristianamente aristotelizadas fueron las que forjaron la civilización; a ellas pues tenemos que volver. Por eso con la mano en el arado destartalado, tenemos que mirar hacia atrás.

Fué hacia el 1600 cuando el mundo sabio comenzó decididamente a desaristotelizarse.

A esa época se remonta la doble orientación de las ciencias modernas en su sentido filosófico; la del empirismo y la del racionalismo: Bacon y Descartes. Al tratar ambos de resolver el problema criteriológico, despreciando u olvidando la solución de la filosofía perenne aristotélica, mientras el primero afirma que el único conocimiento y medida de los demás es el de los sentidos o sea la experiencia, el otro sostiene que tal nombre y oficio compete sólo a la razón.

Con Bacon nace el empirismo inglés; Hobbes imprime a los principios de aquel un carácter materialista; Locke explicando empíricamente el problema ideogénico construye el sensismo, Berkeley deduce de él el idealismo y Hume el escepticismo universal. Y mientras por una lado nace la escuela escocesa como reacción contra el sensismo sujetivista de Berkeley y Hume,

El doctor Juan B. Tucci, de la C. de Jesús, matemático y astrónomo de relieve, ha recorrido las principales universidades de Europa, lleva años dedicado a la enseñanza y es, sobre todo, profundo conocedor de problemas universitarios. Este sabio de gabinete se incorpora a nuestra revista con el brillante artículo que damos a continuación y que se sintetiza en sus últimas magníficas palabras: "El mundo resquebrajado de hoy, sólo se refecciona con los fundamentos ciclopeos de la filosofía perenne". Agradecemos el desinteresado y valioso aporte del nuevo colaborador y viejo amigo.

LA DIRECCION

por otro, del sensismo objetivista de Hobbes y Locke, brota el sensismo y materialismo francés; y de entrambos aplicados a la religión, a la moral y a la política nace la filosofía irreligiosa y la ética empírica o autónoma que descristianizando al pueblo da a luz la revolución francesa.

Y con la revolución francesa, desaparecen, por citar sólo a Francia, todas las escuelas primarias, 562 colegios y 23 universidades. Así se explica lo que Chaptal, ministro del interior, decía en 1801: "La educación pública es casi nula en todas partes; la generación que frisa en los veinte años está irremisiblemente sacrificada a la ignorancia; las escuelas primarias no existen en ninguna parte". Y con la revolución francesa sigue el mundo sabio en su afán suicida.

Para entonces el sistema kantiano aún no había tomado cuerpo; desconocido unos años e indentificado luego por muchos con las doctrinas de Berkeley y Hume, bien pronto comenzó a propagarse por toda Alemania y países extranjeros. Ya se presente como idealismo crítico con Fichte, Schelling y Hegel, ya como realismo con Herbert, Schopenhauer y Hartmann, ya panteístico con Krause, Schleimacher, Nietzche, Wund y Paulsen, desomboca irremisiblemente con los fisiologistas, frenólogos y transformistas a la gran heregía del monismo materializado universal positivista, sistematizado por Comte y vulgarizado por Littré.

Stuart Mill y Spencer en Inglaterra, Taine y Ribot en Francia, Dürhing y Avenar en Alemania, Ardigó y Siciliani en

Italia, James en EE. UU.... materializan a sabios y universidades.

Sabios y universidades sin Dios y sin metafísica. Desaristotelización completa en el ambiente científico moderno.

La prensa mundial no dió relieve a un congreso de sabios que tuvo lugar en Nueva York, en los días 9, 10 y 11 de septiembre de 1940; lástima grande, porque en esos tres días el mundo intelectual precipitó, como dice Weigel, una cristalización de su ser y de su pensar. Hablaron católicos, protestantes y judíos; hablaron científicos, filósofos y teólogos. Vale la pena entre todas subrayar las frases de Adler, profesor de la Universidad de Chicago; Adler que enfrenta valientemente al congreso no es católico, es judío, y así se expresa: "En lugar de un congreso acerca de la ciencia, la filosofía y la religión... lo que se necesita es un congreso acerca de los profesores de la ciencia, la filosofía y la religión. Los defectos de la cultura moderna son los defectos de sus directores intelectuales, sus profesores y sabios. El desorden de la cultura moderna es un desorden en sus almas, un desorden que se manifiesta en las universidades que han construído, en el sistema educacional que han formado, en la información que dan, y que por la enseñanza se propaga siempre más extensivamente de generación en generación. Es un poco ingenuo, entonces, suponer que los profesores pueden ser llamados para resolver el problema de la ciencia, la filosofía y la religión en nuestra educación y en nuestra cultura, tan ingenuo como sería invitar a los profesores para tomar parte en un congreso acerca de lo que está mal en los profesores... Yo acuso a los profesores, y aquí hablo de la vasta mayoría, de estar de acuerdo sustancialmente respecto a un problema álgido que afronta el congreso. Yo digo que la mayoría es positivista. El punto esencial de esa doctrina es una afirmación neta de la ciencia y una negación de la filosofía y la religión. Y repito mi acusación. Los profesores por lo general son positivistas... Los que dicen que la filosofía es una especie peculiar del conocimiento sin ninguna superioridad sobre la ciencia, podrían mejor llamarla opinión y negar su existencia. Los que suponen que los principios filosóficos y sus conclusiones dependen de la ciencia; los que suponen que se necesita una competencia en cosas técnicas, pero ninguna en cosas filosóficas; los que piensan que la filosofía está constituída por varios sistemas lógicamente consistentes en sí, entre los cuales uno puede elegir según su gusto entre los postulados; los que dicen que la filosofía es buena, pero que la metafísica es una necedad y que no hay prueba racional de Dios, todos estos niegan la filosofía. Si los profesores fueran claros para pensar y francos para hablar, dirían sin evasión que miran la filosofía como una opinión arbitraria, pero no como un conocimiento válido. Pero los profesores no tienen la costumbre de hacer afirmaciones sencillas y negaciones claras". Por otro lado, continúa Adler, "los que pretenden respetar el lugar distintivo de la religión en la cultura moderna, pero no quieren conceder que la religión se basa en un conocimiento sobrenatural, o que es superior a la filosofía y la ciencia, o no saben lo que dicen o son culpables de una hipocresía profunda. La nueva tolerancia de la religión, lo que implica una indiferencia o negación, produce una cultura laica lo mismo que el ateismo militante o el nazismo nihilista".

No hay duda que Adler conoce a fondo nuestra cultura moderna universitaria y que ha tocado su mal central.

Plantear un problema entre la religión y la ciencia, hoy es ya una cuestión que ha pasado de moda; ya que no ha lugar por cuestión ficticia. Tampoco puede plantearse entre la filosofía y la ciencia, pues les falta a ambas disciplinas un campo común donde encontrarse.

Pero las que sí están frente a frente, son dos filosofías: el positivismo disfrazado con el nombre de la ciencia y el aristotelismo que se llama filosofía perenne. Y porque, como asevera Adler, nuestra cultura es materialista, por ello los defensores de la ciencia no lo son sino del positivismo. Y ahí está todo. Sabios y universidades sin Dios y sin metafísica; si no reexaminan los sabios y universidades sus postulados hacen la cultura moderna incurable.

De ese mal sufren nuestras universidades argentinas; hemos dicho que las universidades cristianamente aristotelizadas fueron las que forjaron la civilización; a ellas tenemos que volver y por eso somos partidarios de la reforma universitaria; te-

nemos que devolver a las universidades su antigua forma, que eso significa reforma.

Para ello proponemos dos soluciones: una drástica a filo, contrafilo y punta, y otra como diría Castellani, tipo Mamerto Esquiú y muy constitucional.

La primera, sería librarnos de los profesores malos, por incapaces de reaccionar contra sus concepciones preconcebidas. No somos partidarios de medidas disciplinarias colectivas cuando los que las padecen, como árboles tiernos, pueden fácilmente enderezarse y corregirse; en éstos, las ideas no se suplantan con el látigo sino con otras ideas porque es posible; pero aquéllos, ya troncos vetustos con corteza materialística imperforable, hay que suplantarlos de cuajo con los muchos sabios que no han contado con una cuña política emponzoñada que viciara nuestras más queridas casas de estudio. Librándonos de los actuales profesores malos, se podrán elaborar programas nuevos y habremos encontrado el camino que nos lleve a la recuperación moral e intelectual en que se hallan empeñados nuestros poderes públicos. Y, si es necesario, lo creemos muy humano, pagar a los tales profesores universitarios para que dejen su sitial, y más, en concepto de asistencia social, seguir pagándoles para que no enseñen; a largo plazo, el porvenir de las generaciones futuras testimoniarán, que esa plata, aunque parezca tirada, ha servido para beneficiar muchísimo más nuestro progreso moral e intelectual que el haberlos conservado en el templo del saber. Desmaterializando la universidad, así drásticamente, se irá ipso facto cristianamente aristotelizando. Sin embargo esta solución no nos convence. ¿Quién dictamina sobre la bondad integral de un profesor, si antes no entra en discusión qué se entiende por criterio de moralidad o capacidad científica? Y ¿quién se siente tal como para arrojar la primera piedra?

La segunda solución que proponemos se basa en el art. 14 de nuestra carta Magna: libertad de enseñar y aprender.

Sabemos lo que son las Universidades de EE. UU.: son fruto de esa libertad que pedimos. Y es satisfactorio constatar que los EE. UU. del Brasil así lo han entendido. En efecto: en el "Diario Oficial", a 5 de noviembre de 1940 se lee el decreto Nº 6409 del 30 de octubre del mismo año, en el que el Presidente de la República resuelve, conceder autorización a la Fac. Católica de derecho y a la facultad Católica de filosofía, ambas con sede en el distrito Federal, para organizar y hacer funcionar, en la primera el curso de bachillerato en derecho y en la segundo los cursos de filosofía; de ciencias sociales y de geografía e historia; de letras clásicas, de letras neolatinas y de letras anglo-germánicas, y de pedagogía.

Dos años más tarde, el 1º de diciembre de 1942 y en decretos Nos. 10984 y 10985 se acuerda reconocimiento al curso de bachillerato de la facultad católica de derecho y a los cursos de filosofía respectivamente.

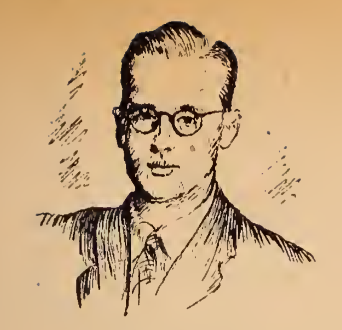
Y con éstas nacen las facultades de filosofía de los Hermanos Maristas en Porto Alegre y Curitiba; el Instituto Sedes Sapientiae en S. Paulo; el Instituto Santa Ursula en Río; la facultad de las Hermanas Doroteas y la de los PP. Jesuítas en Recife; la de las Madres Dominicanas en Bello Horizonte; la facultad de Filosofía de Campinas, Estado de S. Paulo.

Brasil ha dado con la solución, que también sería la nuestra. Abrir pues la compuerta.

La competencia ahogará la superproducción y la emisión en serie de profesionales. Habrá lucha por la existencia y consiguientemente selección. Se estudiará de veras y el estudiante no tendrá tiempo para la política.

En el momento mundial en que vivimos, si se quiere bien a la patria, se imponen soluciones de calibre. Esta es una de ellas. El mundo resquebrajado de hoy sólo se refecciona con los fundamentos ciclopeos de la filosofía perenne.

Juan B. Tucci



Dionisio Varga

La Salamanca

de RICARDO ROJAS

BIEN explicada y previamente comentada por su autor en tres densos artículos aparecidos en el diario *La Nación*, que en algo recuerdan, salvada la distinta complexión de ambos ingenios, a los célebres prefacios con que Bernard Shaw suele acompañar sus obras de teatro, afrontó *La Salamanca* al público. Nada más sensato. No era ella pieza para ser lanzada a la consideración del gran público sin notas que explicasen la índole de los personajes que intervienen en la fábula, su ascendencia mítica, las intenciones que movían al autor.

Obra, como quien dice escrita después de la hora nona, varios años hace reveló Rojas la existencia de su drama en el aula universitaria, se integró a través de los trabajos y los días en una lenta gestación, hasta surgir como perla perfecta y acabada, a la luz de la realidad; logros así deslucen un tanto a los improntos de la inspiración romántica, los repentismos de la genialidad, resisten la relectura y solicitan la reflexión. Un acierto que debe anotarse a don Ricardo Rojas es el haber lanzado sobre el tablado del gran teatro las fábulas y los seres míticos de nuestra tierra dándoles ciudadanía estética. Las tradiciones mitológicas y los falsos episodios de las antiguas fábulas, contienen verdades fragmentadas o traducen anhelos profundos de la naturaleza humana, algo de esa cosa íntima y terrible que se dió en llamar después de Freud el subconsciente, y que tan bien conocieron y explicaron hace siglos los escritores místicos católicos. Ellas pueden ser, en consecuencia, materia útil para el teatro cristiano, y de hecho lo fué. Al fundir Rojas en su obra mitos y leyendas indígenas con elementos cristianos procedió exactamente como los maestros clásicos Lope y Calderón, que reunieron en sus autos sacramentales y dramas teológicos casos y cosas de la mitología pagana. En uno de sus artículos autoexegéticos de *La Nación*, declara Rojas, entre otras, la ascendencia calderoniana de su obra y menciona a *"El Mágico Prodigioso"*: "De tan alto magisterio se ha beneficiado mi drama". Tomando unas escenas finales del drama de Calderón y del de Rojas, y sentado que "...una idea no vale sino por la forma y dar una forma nueva a una vieja idea es todo el arte y la sola creación posible a la humanidad", puédese establecer el extraordinario parentesco entre uno y otro.

El alma, Justina bella
Me cuestas; pero yo juzgo
Siendo tan grande el empleo
Que no ha sido el precio mucho.
. . . .
Mas, ¡hay infeliz! ¿qué veo?
¡Un yerto cadáver mudo!

(Calderón, a. 3, esc. XIII)

...¿Qué? ¿Su cuerpo?... ¡Gran milagro!...
¡Prenda de amor a quien creí perdida!
Hoy rescatada al precio de la vida, —
Ante la muerte, — mi alma te consagro.
. . . .
¿Helada estás? ¿Por qué la frente inclinas
Con un gesto de enojos?

(R. Rojas, a. 3, esc. VIII)

Mas Rojas concibe a Dios Justicia, y hace perecer trágicamente al *Amo*, sin un atisbo de arrepentimiento...

Fué mi destino horrendo
Y es aciaga mi suerte.
Sin alma para seguir viviendo,
Y ya sin fe para esperar la muerte.

(Rojas, a. 3, esc. XV)

Por el contrario, Calderón, concibiendo a Dios Misericordia, hace exclamar a Cipriano...

Nadie castiga al rendido,
Yo lo estoy, pues lo procuro.
. . . .
¡Grande Dios de los cristianos!
A ti en mis penas acudo.

(Calderón, a. 3, esc. XVI)

A pesar de la similitud del género, por las citas se puede guiar el lector, y a pesar del recurso mítico-cristiano, la obra de Rojas no se adscribe a los misterios medioevales como él pretende, por una razón muy sencilla: la heterodoxia de Rojas. El no cree sino en lo humano y por eso en su pieza de intención casi religiosa falta la esencia cristiana de la gracia divina tal como nos la revela la Iglesia, esa gracia que cambia los corazones, mueve la piedad, salva los pecadores, turba y sacude las almas, y en la que Rojas no cree.

Por eso la acción de la obra no alcanza nunca lo profundo de las almas y se queda en lo exterior, en los dominios de la fatalidad. *La Salamanca* no puede incorporarse al teatro cristiano auténtico. El ambiente de brujería y demonismo que Rojas creó en torno de su drama no empaña el realismo de sus personajes que son seres de la vida, que alientan pasiones de la vida. El protagonista nutre, en efecto, su entidad en documentos que el autor conoce. Su perfil moral es el de tantos señorones de ese tiempo, prepotentes, descreídos y supersticiosos, con algo de ese *Peregrino de Babilonia,* feudatario desenfrenado y sensual, dueño de vastas heredades del valle y de las sierras cordobesas, en el mismo período inquisitorial, y cuya gloria de descubrirlo cupiera al mismo Rojas. Reales son la *Doncella*, el *Ermitaño*, el *Capataz*, la *Bruja*, todos. Claro está, me refiero a la realidad poética, a su verosimilitud en la farsa escénica. Desde otro punto son seres esquemáticos, figuras de un vitral historiado como deseaba el autor. Espiritualmente no viven en escena, no luchan con sus naturalezas respectivas, no tienen conflictos internos, buenos o malos van a su fin sin modificación alguna. El *Peregrino* no deja de ser nunca un enigmático, florida su boca de sentencias. El *Amo* muere en el pecado. La *Doncella,* serena y casta, aunque no tanto por la repugnancia al trato sexual clandestino como por haber comprobado que su madre es la amante del *Amo*. El *Ermitaño* se conserva torpe y vacilante en sus ideas hasta el final del drama. Conociendo en Rojas esa posición que él da en llamar con cierta petulancia *laica,* en un sentido particularísimo, a pesar de su protesta de que "ninguno de sus personajes envuelve alegorías de ideas abstractas", puédese suponer que hay en dicho *Ermitaño* una alusión a determinada institución en sus aspectos humanos. Ni aun en las escenas finales del drama no acuerdan las ideas del *Peregrino* y el *Ermitaño* acerca *de lo que quiere Dios.* Es que en materia teológica siempre, y en algunas circunstancias en materia histórica, torpe señor es don Ricardo Rojas.

Ahora, desde el punto de vista artístico, *La Salamanca* como su hermano *Ollantay* son cosa tan ponderable que, por mucho tiempo quedarán altivas y señeras do-

minando como ingentes cumbres el uniforme nivel de la producción nacional. Su factura depurada, el vasto saber que las informa, lo que contienen de experiencia y filosofía, las dejará por muchas décadas como columnas de un gran pórtico abierto al porvenir. Y tal me parece que creo que el autor, sin mucha vanidad, al terminarlas pudo colgar su pluma en la espetera y advertir a los que después de él intentasen rehacer su empresa: *Tate, tate folloncicos*...

Apuntes sobre "Safo ó Historia de una pasión"

Nada diré de su alarde técnico; ni nada acerca de sus intérpretes, que son excelentes; ni de algunos chistes gastados y de mal gusto de los que se acusa a Julio Porter y César Tiempo; ni de la persistente exhibición de safo-estatua, para cuya ubicación en la escena no repara Christensen en traerla por los cabellos, nada, nada; me ceñiré exclusivamente, y en dos palabras, al drama pasional, que consiste en uno de esos relatos que, por su máxima realidad espiritual dánse en lamar *tajadas de la vida*. ¿En síntesis? Dos mujeres se presentan casi a un tiempo en la vida, hasta entonces clara, de un veinteañero muchacho, ingenuo y bueno. *Safo*, la hetaira, que contra la voluntad que se resiste y se rebela, le atrae con la fuerza vacía del abismo; *Irene*, la honesta que por momentos es para su atormentado espíritu como un oasis de paz. Y cuando vencido por la habilidad de la primera hubo renunciado a su puro y verdadero amor, a su brillante posición en la sociedad, a sus mismos padres, a todo, la eviterna desilusión. El llanto de ese hombre sobre la carta estrujada en sus manos es de una sonoridad particular, de un efecto psicológico extraordinario, que estremece el pecho y deja un sabor amargo en la boca. "A mis hijos cuando tengan veinte años". Bien podía dedicarla Daudet después de la experiencia triste de la verdad que demuestra. Ahora, si me preguntaras, lector, si es buena o es mala la película, te contestaría interrogándote a mi vez: ¿Es bueno o es malo contemplar las llagas de un... enfermo?

Haya llegado la moraleja a quienes cabía aún la dedicatoria. Desgraciadamente, pocos son los que después de la exhibición ponen las barbas en remojo, los más son los que comentan en el rectángulo del hall, la zoología de *Safo*. Pero Daudet, lector, la escribió para los primeros.

El Judas que vendió a su Maestro con un beso no es un monstruo lejano o fuera de lo común. "Cada uno de nosotros, escribe Mons. R. H. Benson, lleva en sus labios el beso de Judas, con la posibilidad de darlo algún día". Es una de las grandes tristezas de la historia este contacto diario con émulos de Judas, tan auténticos y tan numerosos.

La pretensión de todos los apóstatas es, como la de Judas, abandonar un camino falso, para no cumplir con actos que la razón condena. Esta afirmación impresiona a las almas buenas. Pero la apostasía no es una liberación sino una derrota. La traición no eleva los valores del hombre, los disminuye. Vender a Cristo por unos dineros o por un poco de carne, no dignifica, rebaja.

LUZ EN LAS TINIEBLAS

LA Navidad de Jesucristo es no sólo gran misterio sino también fuente inagotable de claridad suprema para el hombre.

En esta época de confusionismo y de tinieblas, de contradicción y de errores, ¿dónde descubrir la verdad y encontrar el camino de salvación sino en la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo? (*Juan I*, 9).

Es indiscutible que las tinieblas del mal que invaden al mundo de esta hora, extinguen la débil luz humana y oscurecen las inteligencias de los hombres. La única luz que no pueden extinguir las tinieblas es la que brota del Verbo Encarnado. Y esta luz resplandece en las tinieblas, mas las tinieblas no pudieron envolverla (*Juan I*, 5). Y lo más grave consiste en que resplandece desde hace dos mil años como faro infalible de verdad salvadora.



"NOCHE DE AMOR, NOCHE DE PAZ"

●

Misterium Magnum el de Navidad que nos muestra, ante todo, al mundo salvado del abismo, de la muerte y de la esclavitud cuando Dios se acercó al hombre para unirse con él. De la reconciliación del hombre con Dios surgió la vida y la salvación para la humanidad. Y cada vez que el hombre rompe esta santa alianza, cae en la miseria y se hunde en el caos. Trágica historia la de los tiempos presentes, plenos de desolación. Estos son el argumento más concluyente de una ley moral primordial: la vida, la felicidad, la perfección y el verdadero progreso de la humanidad serán tanto mayores cuanto más estricta sea la unión del hombre con Dios. Sin Dios: muerte y tinieblas. "En El está la vida y la vida es la luz de los hombres" (*Juan I*, 4).

La Navidad es una expresión la más sublime del amor. Unión en amor, de Dios con el hombre. "De tal manera amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito; para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna" (*Juan III*, 16).

El "FIAT" creador fué un acto de omnipotencia y de bondad de Dios. Nacimiento del Hijo del Altísimo que se entrega a los hombres para morir por nosotros, acto de amor infinito que llega hasta el sacrificio, hasta la inmolación por los amados.

"Nadie tiene mayor amor que aquel que da su vida por el amigo" (*Juan XV*, 13). Y este amor sublime del Esterno para con el hombre, en este momento de desolación constituye una fuente de esperanza y de consuelo. Porque solamente puede alentarnos, en la lucha por la verdad y por el bien, la firme convicción de que Dios, Amor Indescifrable, salvará a los pueblos del horror más brutal de todos los tiempos.

●

"En la tierra, paz a los hombres de buena voluntad", cantan los ángeles en el momento del Nacimiento del Niño Jesús. Porque nació Príncipe de la Paz. El vivió en el mundo para lograr la paz entre el hombre y Dios con la reparación del crimen causado por el hombre a la Justicia Divina. El ha firmado la paz entre los hombres, uniéndolos a todos en su persona, como hermanos todos, como hijos todos del Padre Celestial. En Jesús, "Justitia et pax osculatae sunt" la justicia y la paz se han dado el beso. "Dios reconcilió al mundo consigo mismo, en Cristo (*II Cor. V*, 19). Cristo, "el Embajador de la paz" —como le llama Bossuet— es el único camino para la paz, para esa paz que el mundo de hoy cansado y destrozado, desea y necesita. Y si los hom-

SUSCRIPCION A LA

SUMA TEOLÓGICA

Edición Castellana

OBRA COMPLETA

Editada por el

CLUB DE LECTORES

Aristocracia en Libros

AVENIDA DIAGONAL NORTE 501 - piso 6º

BUENOS AIRES — (U. T. 34, Defensa 6251)

Bajo la dirección del

R. P. LEONARDO CASTELLANI, S. J.

●

Yo ....
(nombre y apellido completo)

con domicilio en la calle .... Nº ....

de la Localidad de .... F. C. ....

Provincia o país ....

deseo suscribirme a la SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino, que en edición castellana debidamente autenticada y en número limitado únicamente a los suscriptores, publicará el Club de Lectores.

Adjunto a la presente la suma de veinte pesos moneda nacional argentina ($ 20.- m/n) en .... Ese importe se aplicará al
(indíquese si es efectivo, cheque, giro, y en estos casos el número)
pago del primero y tres últimos tomos de la publicación.

Acepto las condiciones de edición que figuran al dorso y deseo abonar la suscripción.

....
(contra entrega de cada tomo, adelantado, contra reembolso postal, etc.)

La cuota inicial de suscripción quedará en concepto de indemnización al editor en caso de que el suscripto decidiera suspender o interrumpir la suscripción o no fuera puntual en el pago de cada tomo a medida que se le fuera entregando.

Los ejemplares deben remitirse a

Nombre de ....

Calle .... Nº ....

Localidad .... F. C. ....

Provincia o país ....

A los efectos de figurar en el último tomo de la obra debe imprimirse el nombre siguiente:

....

Solidaridad

Solidaridad de los católicos americanos para la unidad del continente.
Unidad del continente para la paz del mundo.

Director: Dr. Enrique Benítez de Aldama

Avda. DIAGONAL NORTE 501
Piso 6º

Correspondencia a:
Casilla de Correo 411 — Bs. As.

ARZOBISPADO
DE
BUENOS AIRES

Bs. Aires, 1º de octubre de 1943

Director de la Revista SOLIDARIDAD.
Dr. Enrique Benítez de Aldama.

De mi consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a Vd. en contestación a su atenta nota del 30 del cte., para comunicarle que S. Excia. Mons. Rocca otorga la licencia requerida para publicar la revista mensual SOLIDARIDAD de carácter católico.

Al mismo tiempo se ha dignado nombrar Censor Eclesiástico de la misma al R. P Ismael Quiles, S. J.

Saluda a Vd. atentamente,

MARIANO NUÑEZ MENDOZA
Secretario-Canciller

LIBROS — NOVEDADES IMPORTANTES

A. D. Sertilanges — Mes de María	$ 3.50
Franz Werfel — Cántico de Bernardette . . . . Tela	„ 10.—
Daniel Sargent — "La Conquistadora". Intervención de la Virgen en la conquista de los EE. UU. . . .	„ 5.—
Jacques Maritain — Introducción o la Filosofía, edición corriente, agotada . . . . Lujo	„ 8.—
José A. de Laburu — ¿Qué es la Iglesia?	„ 2.—
Donoso Cortés — Ensayo sobre catolicismo, liberalismo y socialismo	„ 4.50
Henri Gheon — Santa Teresita de Lisieux	„ 3.—
Gerald G. Walsh, S. J. — Humanismo medioeval	„ 3.—
Hilaire Belloc — Grandes herejías	„ 4.—
— Isabel de Inglaterra . . Tela	„ 6.—
Dietrich Von Hildebrand — Pureza y virginidad	„ 4.50
Maurice Zundel — Poema de la Santa Liturgia	„ 4.80
Coloma — Pequeñeces (2 tomos), cada uno	„ 1.25
Tristán de Athayde — Introducción a la sociología	„ 3.—
Columba Marmión — Jesucristo en sus misterios	„ 3.80
Barbieri Mons. — La verdad en el éter	„ 2.—
— En la Tarde	„ 2.80
Bas B. E. — Aborto y de natalidad	„ 1.50
Bernardo, Héctor — El régimen corporativo y el mundo actual	„ 0.60
Buil Nicolás — Las razones de creer	„ 2.20
— María, Jesús y sus íntimos . .	„ 1.60

Buil N. — Vida de N. S. Jesucristo	„ 4.—
— La Divinidad de Jesucristo .	„ 1.60
— Las Siete palabras de N. S. Jesucristo	„ 1.—
— Yo Católico ¿y tu qué? . . .	„ 0.60
— Sabes quién es Jesús	„ 0.95
— Los Evangelios. Su autentisidad	„ 1.35
Brena Tomás — Corporativismo de Asociación	„ 1.80
— Código Social de Malinas . . .	„ 0.70
— Tragedia actual	„ 1.35
Castro A. R. P. — Introducción estudio de la fisolofía	„ 2.80
Cendra P. — Lirios y Rosas del Jardín de la Iglesia	„ 1.15
Chesterton, G. K. — Hombrevida . .	„ 4.—
Chiappini Félix — Walter Chango .	„ 1.15
— Tres hombres para nuestra época	„ 2.70
Corominas P. — Mes de María . . .	„ 0.60
Del Rey, Jerónimo — Camperas . . .	„ 3.—
— Las 9 muertes del P. Metri .	„ 4.—
Díaz Natalio — San Ignacio y los seminarios	„ 2.10
Eguía Ruiz C. — El Arte y la Moral	„ 3.20
— Máximas contra vicios	„ 1.60
Fillion C. M. — El Sermón de la Montaña	„ 0.80
Font Ezcurra, Ricardo — San Martín y Rosas — su correspondencia . .	„ 2.—
Gaza José — Templo Medieval, con ilustraciones	„ 1.—
Goenaga José — La Iglesia y el Orden Social	„ 2.—
Garciandia J. — Agridulces	„ 1.50
— Hojas al viento	„ 2.70

Distribuye: CLUB DE LECTORES

En venta: LIBRERIA CATOLICA ACCION.
Frente a la Catedral

Avenida Roque Saenz Peña 501 - piso 6º
Unión Telefónica 34 - 6251
Buenos Aires

Los señores Párrocos encontrarán en la Revista SOLIDARIDAD una fuente de estudio y un sinnúmero de referencias sobre temas sociales, políticos y bibliográficos, de última hora, tratados a la luz de las Encíclicas Pontificias y por los escritores católicos más autorizados e indiscutidos.

SEÑOR PARROCO: propague esta Revista entre sus feligreses; hará apostolado.

bres quieren fundar la paz sobre una base sólida deben ineludiblemente apoyarla sobre Aquel que dijo: "La paz os dejo, mi paz os doy, pero no os la doy yo como la da el mundo" (Juan XV, 27).

●

Pero el Verbo Encarnado, ha entregado al mundo no solamente su paz verdadera sino la libertad verdadera. El, vino al mundo principalmente para liberar al hombre de la esclavitud de Satanás, de la esclavitud del pecado, de todas las esclavitudes. ¿Qué significa redimir al género humano? Jesucristo liberó al hombre del error, de la ignorancia, de las falsas doctrinas, porque fué El quien trajo al mundo la verdadera doctrina sobre el bien y el mal. Porque fué Jesucristo quien devolvió al hombre la posibilidad para acercarse a Dios y el derecho para llamarnos de nuevo Hijos de Dios, hijos de *nuestro Padre del Cielo*.

Porque fué Jesucristo quien fijó la base de la libertad plena y sobrenatural desde que el hombre redimido, y unido con Jesús, no obra más por la presión de la ley sino por la influencia del amor y de la caridad, esencia de la doctrina de Cristo. Hemos recibido la libertad de conciencia frente al mundo, porque Jesucristo fué el que nos eneñó con pureza de claridad que ante todo debemos obedecer a Dios. Y los que en esta hora amarga esclavisan a millones de hombres —de cualquier campo que sean— y violan todas las libertades, incluso la libertad de conciencia, debieran comprender que están arruinando los frutos de la redención y la herencia dejada a la Humanidad por el Salvador.

●

La dignidad humana, es otro bien brotado de la Encarnación del Verbo de Dios. Era mucho ya, que el hombre hubiera sido creado a imagen de Dios, que tuviera un alma inmortal. Y he aquí que este *gran misterio* diviniza casi al hombre. Porque el Hijo de Dios es también hijo del hombre con la naturaleza humana íntegra, excepto el pecado. La naturaleza divina y la naturaleza humana forman una sola persona, persona divina. ¿Puede elevarse a mayor altura el hombre? Por eso decía San León Papa, en su sermón de Navidad: "Agnosce o christiane dignitatem tuam — divinae consors factus naturae... Conoce oh cristiano tu dignidad — participas de la naturaleza divina..."

A la luz de esta verdad, brilla con claridad de sol, lo erróneo y antihumano de las doctrinas que basan la dignidad del hombre en la sangre y la raza. Esto no es otra cosa sino privar al hombre de su mayor dignidad, de una dignidad que sobrepuja al hombre mismo, de una dignidad sobrenatural, de una dignidad divina. Doctrinas pequeñas, doctrinas falsas, doctrinas infames truecan los sublimes valores espirituales y morales del hombre por no-valores biológicos y carnales.

●

En esta hora bárbara, en esta hora bestial en que hasta el reinado del hombre se derrumba; vea el hombre lo que significa el reinado de Dios y sus valores; comprenda el hombre que en estos valores y en este reinado está su salvación, su liberación, su dignificación, su divinización. Vea el hombre; comprenda el hombre.

Y ¡qué actualidad entrañan las palabras de San Pablo a los Efesios! "En otros tiempos erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de luz. El fruto de la luz es todo bondad, justicia, verdad".

La Natividad de Jesucristo es la gran victoria de la humanidad en Cristo, es el triunfo de los derechos divinos y humanos.

Por eso, este misterio inmenso, Magnum misterium; en todos los tiempos y hasta en estos tiempos crueles, aplastantes, caóticos; es la fuente de vida, de energía espiritual, de felicidad. Magnum misterium que solidariza a todos los hombres con Jesucristo y entre sí, con la única solidaridad humana posible porque enraiza en la solidaridad divina.

Juan Oficjalski

Ideal del joven americano

Espectáculo aleccionador. ¡La Vieja Europa se derrumba! En estos momentos críticos, en la historia de la humanidad, América debe poner su grandeza del futuro en su juventud, sana, fuerte, viril y católica.

¡Juventud americana! ¡Cuánto encierran estos dos vocablos! De cuánto bien y heroísmo no es capaz la joven generación americana bien educada y mejor dirigida. Pero también, tristeza da pensarlo, de cuánta maldad e iniquidad no sería también capaz, tan promisora falange, abandonada al azar, sin carácter, sin fe, sin Dios, en una palabra sin un ideal grande.

¡Juventud!, vida, dinamismo, energía, heroísmo, todo esto puede encerrar una juventud consciente de su dignidad humana y de su elevación a la dignidad altísima de hijo de Dios. Una juventud pura, de frente elevada hacia las alturas, pletórica de vida católica será el mejor tesoro de América.

La juventud americana está llamada a algo grande. Dios, Supremo Dueño y Regulador de los acontecimientos humanos y de toda la creación, ha señalado a la joven América una misión muy grande en la historia de los pueblos, del Continente y sin duda de los Continentes.

¿Sabrá responder dignamente, la juventud americana, a lo que la Humanidad espera de ella? El éxito de esa misión es seguro, si se cimenta en la fe *y en la* caridad. *En una fe profunda, consciente y firme. En una caridad sin límites de naciones, ni de lenguas, en una caridad que abarque todo el continente.*

La razón última de este móvil de la caridad en el joven americano ha de ser: que por cada nación, por cada pueblo y por cada individuo de que se compone el continente, ha muerto el Salvador de los hombres, Cristo. Además, que el conjunto de naciones, familias, sociedades e individuos, puedan repetir al unísono la invocación enseñada por el Divino Maestro: "Padre Nuestro que estás en los cielos..."

Como prerequisito indispensable, para que el joven americano pueda llegar a cumplir la misión que Dios le ha confiado, en la regeneración de la Humanidad necesita carácter.

América necesita que su juventud sea una juventud de carácter; "jóvenes cuyo carácter sea íntegro, cuyos principios de vida sean firmes y justos, cuya voluntad no se arredre ante las dificultades: jóvenes que sean caballeros fascinados por el cumplimiento del deber; jóvenes, cuya alma y cuyo cuerpo sean fuertes como el acero, rectos como la verdad, luminosos como un rayo de sol y nítidos como el riachuelo de los montes".

¡Carácter varonil! El mejor tesoro de la tierra. Supuesta una firme base —carácter—, en la juventud americana, ésta necesita fe. Un joven, que a luz de la fe distingue con claridad su fin, que no se deja vencer por las tentaciones, que sigue su camino sin desviarse, que es justo y puro de corazón, fino en el trato con los demás, firme en sus principios. ¡Carácter varonil! El joven americano necesita de este carácter. ¿Cuál será el medio más fácil para alcanzarlo? Una religiosidad profunda y sincera.

El joven creyente tiene plena conciencia de sí y su dignidad. El joven creyente, no es materialista, no es egoísta, desecha el pesimismo.

América necesita una juventud de carácter, católica consciente y de plena convicción. Una juventud que al llegar a la edad madura pueda responder: "Soy católico porque quiero serlo. Porque mi más profunda y santa convicción es que la Religión y la fe, se apoyan en la verdad divina, eterna, infalible; porque

siento y observo constantemente, que tan sólo una vida modelada según la Religión Católica, alienta, impulsa, brinda la felicidad".

El hombre moderno —y el joven— que con su inteligencia capaz, —destello de la Inteligencia Divina—, ha escudriñado y dominado los elementos todos de la naturaleza, se cree un ser superior al mismo Dios, se persuade que no necesita creer en El, la fe le parece inútil.

Sin embargo, el joven americano, que es el hombre de mañana, debe ante todo persuadirse de que para cumplir su misión necesita la fe.

La fe otorga al joven, temple de acero, convicción, fidelidad a los principios. Consuelo en los días tristes. Ser hombre significa tener que sufrir y el sufrimiento no exceptúa al joven. Padecerá enfermedades. Acaso tenga desilusiones amargas. En estos casos solamente la fe nos enseña, que el sufrimiento soportado con entera conformidad a la voluntad de Dios, se teje la corona eterna que nos espera en el cielo.

El joven creyente, sea cual fuere la desgracia que le sobrevenga, no se desespera, porque sabe que su vida está en manos de Dios.

¿Qué más le dá la fe y la Religión al joven? Resumiendo en pocas palabras: "empuje y objetivo de la vida" según frase lapidaria del maestro de la juventud húngara, Mons. Dr. Tihamer Toth.

Solamente a la luz de la fe podemos ver con claridad para qué estamos en este mundo. Tan sólo la fe, es decir, la Religión, puede brindar al joven ideales que valgan la pena de luchar.

Por medio de ella, el trabajo terreno, el fiel cumplimiento del deber, la honradez, el carácter intachable se subliman adquiriendo un valor sobrenatural. Por ella nuestra vida toda se convierte en el fiel cumplimiento de la voluntad de Dios, en una oración ininterrumpida, en una total consagración al Supremo Hacedor, al Señor más poderoso del Universo.

América, levántate sobre el magnífico pedestal de tu juventud católica, y da una lección al Viejo Mundo, lección que sirva de solidaridad entre los católicos americanos para la unidad del Continente; unidad del Continente que contribuya a la paz del mundo.

Serapio Torres

"La reforma de las instituciones será estéril si no va acompañada de una reforma de las costumbres y de la restauración en las conciencias de *valores espirituales* de que todo el mundo habla, pero que sólo el cristianismo ha podido enarbolar en el mundo" Le Cour Granmaison.

"Puesto que la educación esencialmente consiste en la formación del hombre tal cual debe ser y como debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para el cual fué creado, es evidente que, como no puede existir educación verdadera que no esté totalmente ordenada al fin último, así en el orden actual de la providencia, o sea después que Dios se nos ha revelado en su Unigénito Hijo, único *camino, verdad y vida,* no puede existir educación completa y perfecta si la educación no es cristiana.

Es, pues, de suma importancia no errar en la educación, como no errar en la dirección hacia el fin último, con el cual está íntima y necesariamente ligada toda la obra de la educación". — *PIO XI.*

CONTESTACION A MIS DESCONOCIDOS AMIGOS URUGUAYOS

VENIA de Montevideo hace unas pocas semanas. Estaba solo ya que nadie había ido a despedirme. Trataba de entretenerme observando al cantidad de gente que va al muelle a hacer recomendaciones de último momento que nunca se cumplen, y pensaba que si bien partir es morir un poco, no hay por qué mortificar a los futuros cadáveres parciales con gritos estentóreos.

Dieron las diez de la noche y los mozos del barco, de acuerdo a su tradición, alborotaron el ambiente a palmada limpia mientras la campanilla indicadora de la partida tocaba a retirada con sonido de incendio.

Mi mirada se perdía un poco en el muelle recordando las veces que había sido acompañado hasta allí por muchos amigos. No me animaría a decir que los echaba demasiado de menos, pero tampoco puedo dejar de confesar que su presencia no me hubiera disgustado.

El barco zarpó, pero antes de enfilar rumbo a Buenos Aires, una maniobra poco hábil hizo que se acercara demasiado al paredón, tocándolo. La gente que había ido a acompañar a los viajeros quedó a nuestro lado. Volví a curiosear y dos hombres que estaban juntos tuvieron compasión de mi soledad y sonriendo amistosamente me saludaron con la mano al tiempo que uno me decía: "Adiós solitario. Ya que nadie se ha acordado de usted, que le vaya bien!".

Contesté sonriente, agitando igualmente la mano y comencé a meditar sobre ese hermosísimo gesto. No sé si estos dos caballeros midieron las consecuencias de su fraternidad, pero lo cierto es que casi nunca he sentido más en carne propia la belleza del precepto que nos obliga a amarnos mutuamente.

El barco puso proa a Buenos Aires. De un lado el Cerro haciéndonos guiñadas traía a mi memoria las múltiples noches en que bajando por Misiones después de comer llegábamos al puerto a ver salir el buque y —eventualmente— para ir en vaporcito hasta el desembarcadero de esa localidad.

El joven e inteligente escritor Jaime Potenze, colaborador de la revista "Criterio" y bajo el seudónimo de Vagabond Jim, autor de sabrosísimos comentarios cinematográficos, quien ha escrito alguna vez en "La Nación"; desde hoy se incorpora a nuestras páginas con este relato de fraternos recuerdos.

LA REDACCION

Pasaron en rápido caleidoscopio personajes muy importantes de mi infancia y muy familiares a todos los montevideanos. Entre ellos el chico que vendía caramelos en el vaporcito por medio de un sistema de cartones de lotería que permitía mediante el desembolso de dos centésimos obtener tres paquetes de cinco cada uno con tal que la bolilla que saliera concordara con el cartón que uno había comprado; más allá veía al boletero del vaporcito conversando con el hombre de los barquillos —ruletero de público infantil— y en segundo plano recordaba al vendedor de manzanilla y a tantos otros personajes que contribuyen a dar a Montevideo —a mí cada vez más querido Montevideo— esa fisonomía propia que al par de destacarlo lo hace admirar.

Fuí a la otra parte del barco a mirar las luces de la rambla. Esta carretera monumental y bellísima corre desde el puerto hasta Carrasco. Lógicamente volvieron mis recuerdos infantiles —y quizá no tan infantiles a ratos— de las playas uruguayas. Adiviné a Ramírez con sus parques de diversiones, sus kioskos de zuzú (si va usted a Montevideo no deje de comer zuzú que es lo más rico que se ha inventado) y su preciosísimo lago del Parque Urbano. Más allá estaba el pequeño faro de Punta Carreta, el mismo que se veía desde la azotea de casa y que queda frente al hoy Museo Zorrilla de San Martín, lar, del que fuera eximio poeta americano y a quien ví comulgar cientos de veces en misa de nueve los domingos en el Seminario, magnífico colegio que me enseñó a querer a los jesuítas y donde aprendí que la camaradería estudiantil es una vivencia.

Tras Punta Carreta llegué a Pocitos, so-

bre cuya rambla estrené mi primer par de pantalones largos con resultados asaz poco satisfactorios ya que no hicieron la menor mella en Yoyó, encantadora criatura más o menos parecida a Shirley Temple (pero mil veces mejor) que es hoy madre de familia y que fué la primera que hizo acelerar el ritmo de mi corazón en los corsos de la placita Gomensoro. En el mismo Pocitos hay también una verja en la que nos detuvimos muchas veces con Adolfo, mi amiguermano, arrojando toneladas de papelitos y litros de éter a otras menores de edad cuya atención no siempre logramos llamar con la benevolencia que hubiéramos deseado.

Tras Pocitos, el Buceo con el Museo Oceanográfico que fué por pocos días cabaret macabro, ya que los fondos del cementerio daban a sus puertas. Más hacia el Este recordé mis tiempos de Malvín y las rocas de Punta Gorda, donde una tarde asistí a la más bella puesta de sol que jamás haya visto. Un pescador tiraba sus aparejos y su figura se recortaba sobre el sol poniente. El cielo estaba incendiado y las olas iluminadas. La placidez de aquel lugar era sin igual. Aquel momento no se me borrará.

De allí en adelante, es historia contemporánea. Cuando llegué a Carrasco y Miramar ya sabía bailar y muchas otras cosas que de niño ignoraba; por lo que mis recuerdos, si bien agradables, no me llaman mayormente la atención desde que carecen de esa frescura que tienen los otros.

Se agolpaban las playas en mi mente y se unían también el Prado y el Campo del Chivero (Parque de los Aliados cuando lo arreglaron; Parque José Batlle y Ordóñez hoy en día; Campo del Chivero en mis tiempos, cuando jugaba bajo su ombú y cuando no existía más que el Hospital Italiano a su alrededor).

Para un hombre más o menos sentimental, las remembranzas tienen gran valor ya que constituyen lo más bello de su vida. No creo que todo tiempo pasado haya sido mejor, pero es indudable que algunos fueron muy lindos.

Sin embargo, en medio de todos estos recuerdos seguía viendo a estos dos hombres. Se habían adherido a personas que hace muchos años son parte mía, y a lugares en los que suelo vivir muy a menudo. El muelle de Montevideo tenía desde esa noche un atractivo distinto. Aquellos formaban ya parte de mis recuerdos queridos. Una frase amable me había hecho viajar alrededor de mis primeros años y los que la habían dicho estaban ya muy unidos a mí. ¿Por qué?

Hay muchas respuestas. Pero quizá todas puedan resumirse en una única. Los uruguayos son nuestros hermanos. En boca de dos caballeros orientales se tradujeron los sentimientos fraternales de todo un país. Vieron a un argentino solo y quisieron decirle que no podía estarlo. Vieron a un hombre aparentemente sin amigos y le hicieron notar que nadie puede vivir sin amigos en la Banda Oriental del Plata.

Puedo asegurar a estos viejos amigos de ayer que si en ese momento me sentí solo y con cara triste, era porque dejaba su país. Me costaba mucho. Sabía que volvería pronto pero no importaba. Es cierto que quien se va del Uruguay muere un poco.

Partir es dejar algo. Yo dejaba mucho. Y, a último momento, a todo ello se unían dos amigos queridísimos que quedaban en el puerto. No sé sus nombres. Probablemente no lo sepa jamás. No importa. Sé que son dos hermanos uruguayos. Eso me basta.

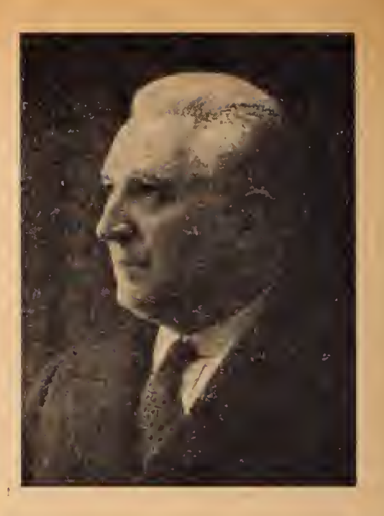
Jaime Potenze

■■■■■■

"Los escritores católicos están al servicio de una ley augusta y real: la ley de la caridad. Los caballeros de la verdad, que son los periodistas, no deben conocer las fronteras de las razas y de las naciones, y en la expansión de la humanidad y la evolución del mundo deben hacer primar lo que une y no lo que divide: la paz y no el odio. En las horas de tensión política y social, en la labor cotidiana sembrada de escollos, tengamos el valor de huir de los horizontes limitados y terrestres para descansar en las esferas donde se realizan las obras duraderas y eternas". — PIO XII.

Una obra meritísima

La Filarmónica "Santa Cecilia"



UN magnífico concierto sacro-popular efectuado el 1º de noviembre en la iglesia Del Carmelo, Charcas 2465, nos puso en contacto con los dirigentes y la obra de la Filarmónica SANTA CECILIA y en realidad nos ha dejado hondamente admirados, por la corrección, el entusiasmo y la pericia con que se va desenvolviendo esta sociedad musical que impresiona de inmediato a cualquiera que sienta amor a la buena música. Inmediatamente tratamos de conocer los detalles de su fundación y obra artística y glosando las frases de su meritorio presidente Fray Bernardo de la Virgen del Carmen, de la orden de los Carmelitas, podemos asegurar que una obra de nacimiento humilde, que al conjuro de un fraile descalzo se compromete nada menos que a *difundir la buena música*, con especialidad la sacra y que no sólo alienta buenas intenciones sino que las cumple con resultados elocuentemente perfectos, no puede menos que dejar pasmado al más optimista de los observadores que siga con cariño esta clase de obras. Y siguiendo las palabras del Padre Bernardo: Estos humildes cimientos no sólo sirven para ejecutar *conciertos* importantes, sino que se dedican a *agremiar a los músicos*, que el Padre Bernardo califica: "gente de carácter algo levantisco y enredada en banderías y rivalidades", y también como objeto quizás el más importante de todos, a levantar la *Casa del Músico*.

Para ello el Padre Bernardo y sus infatigables colaboradores cuentan en primer lugar, con la fe más

viva en el Señor de "Las ventas y los renteros", como diría Santa Teresa, con los amigos fieles que siempre surgen alrededor de una obra digna y con el entusiasmo de los músicos, que adivinando la buena obra, se han adherido y se adherirán con mayor interés en lo futuro. Todo lo vencen los directores de la Filarmónica Santa Cecilia. Tiene ya más de dos años y su prosperidad salta a la vista.

En el concierto que escuchamos, además de varias obras de menor cuantía, para órgano solo y para órgano y orquesta, se ejecutó parte de la "Misa de Requiem" de Mozart. Claro está que para números de esta importancia, así como los de otros conciertos anteriores de igual significación artística, se echa mano de socios artistas profesionales del Teatro Colón y otras instituciones de importancia, pero una institución que posee un cuerpo de coros y una orquesta nutrida e inteligente, además de los solistas de que antes hemos hablado, tiene méritos propios, méritos indiscutibles, méritos grandiosos. Y como no podemos dejar de nombrar algunos de aquellos destacados artistas, lo hacemos a renglón seguido. La dirección la tuvo el maestro José Schick; el organista fué el citado carmelita Fray Bernardo; y los solistas Emma Brizio, Emma Rosa Ferran, Carlos Giusti y N. Boschetti, todos ellos eficacísimos y eficientísimos.

La Filarmónica SANTA CECILIA no se conforma con su intensa vida interior. También quiere que se conozca su obra, para lo que posee una revista dirigida por el infatigable Padre Bernardo, en la que vuelca el director toda su fe y todo su saber en artículos inteligentes y muy bien escritos, con un lenguaje elegante y pintoresco muy agradable de leer. Hay datos ilustrativos sobre los grandes músicos, una serie de artículos que se refieren al "motuproprio" de Su Santidad Pío X y muchos artículos de colaboradores que se ocupan de episodios de arte, de obras de importancia, de ejecuciones famosas y hasta de poesías que se refieren a temas musicales. En fin, una pequeña enciclopedia encerrada en pocas páginas, pero de una erudición y simpatía abundante. En esas páginas no hay desperdicio alguno, todo gusta, todo instruye, todo deleita.

M. Ortiz de Zúñiga

El Cristianismo en la historia común argentino - brasileña (*)

DESDE las primeras épocas de la colonización hispano-portuguesa hay hombres que relacionan estrechamente los territorios que más tarde van a constituir dos naciones hermanas, cuya lejana amistad se prueba con el estudio de la historia argentino - brasileña, historias que se coordinan perfectamente, pues ambos países poseen héroes y prohombres comunes no sólo en la parte civil y militar, sino también esa coordinación propia de las naciones de América que se extiende al campo religioso.

El afianzamiento de la amistad que ha sido en todos los tiempos la característica principal entre las naciones atlánticas en cuestión, no es más que el cumplimiento de los designios de los patriarcas de ambas repúblicas.

Las páginas de oro de la historia argentina se ven agrandadas por la presencia de prestigiosos ciudadanos brasileños; y la historia brasileña cuenta para su orgullo con ilustres personajes argentinos.

Los brasileños heredaron de sus antepasados la amistad hacia el pueblo argentino y nosotros hicimos nuestras las enseñanñas que nos legaron nuestros próceres de amor hacia los brasileños.

Brasil y Argentina tienen un origen común, la colonización lusitana era semejante a la española, y ambas eran secundadas por la Cruz Redentora, de modo que esos nativos de distintas comarcas fueron educados bajo una misma doctrina.

Y los acontecimientos históricos se comienzan a enlazar desde que Pedro de Mendoza funda Buenos Aires. Trasladémonos con el pensar a aquellos tiempos heroicos del coloniaje. Era el año 1536, a estas playas arribaban esas carabelas cargadas de visionarios de riquezas. Hubo un soldado, francamente desconocido, Antonio Rodríguez, que fijó su mente en el futuro de América, y por ello no ingresó en las quiméricas filas que buscaban la ansiada Sierra del Plata y el Imperio del Rey Blanco. El ideal de Rodríguez fué mayor, comprendió que la espada sedienta de sangre no era el elemento adecuado para iniciar y afianzar una colonización; ese medio lo buscó fuera de su ambiente, y pronto lo encontró. Sucede esto, cuando se dirige al Brasil, se ordena de sacerdote y se establece en las calurosas selvas, adoptando el sacrificio como base de su empresa. Entonces se dedica a la conquista sin ejércitos y sin espadas, sólo con su crucifijo. El acierto corona sus propósitos. Rodríguez no se equivocó, rápidamente su ejército fué mayor y llegó el día en que el Brasil se mostró al universo íntegramente católico; la semilla de uno de los primeros porteños, si así se pueden llamar a sus fundadores, dió el esperado fruto. De esta manera se puede decir que Buenos Aires desde el primer día de su existencia daba a Rodríguez una idea para la gloria brasileña.

La República Argentina cuenta para su orgullo con un monumento hercúleo; son las célebres misiones jesuíticas, todas las ciencias tienen su representación en esas ciudades semidestruídas que al estilo de Cuzco brindan a los estudiosos nuevos descubrimientos que son gloria para la Argentina y los Jesuítas.

No relataré la historia de esos pueblos ya que con mucho acierto lo ha hecho el P. Furlong en "Los Jesuítas y la cultura rioplatense", pero sí diré que la República Cristiana, como era llamada por los mismos misioneros estaba construída de manera que siete pueblos corresponden a Brasil, veintitrés a la Argentina y tres al Paraguay. Así, el orgullo argentino es también orgullo para sus naciones hermanas desde aquellos tiempos del siglo XVII en que los indios confraternizaban, porque aprendieron las mismas enseñanzas. El indio brasileño vivía las costumbres del Pla-

(*) La falta de espacio nos impidió publicar en el número anterior esta interesante colaboración.

ta y los de aquí las brasileñas y desde ese momento en que la vida unió a esos nativos para no separarlos jamás los brasileños comenzaron a ser hermanos de los argentinos. Con el correr de los siglos unos mismos móviles religiosos y militares van a mover siempre sus corazones y sus conciencias.

En 1808 nacía en Río Grande de Brasil Manuel Luis Osorio, uno de los más grandes cristianos y héroes brasileños. Escogió la carrera militar y con la misma rapidez con que ocupó elevados cargos, se relacionó estrechamente con nuestra nación. Su actuación es extensa y su figura se ve exaltada en las historias brasileña, argentina y uruguaya. En 1852 se une a Urquiza y se le ve presente al mando de su tropa en Monte Caseros el 3 de febrero. Años más tarde se formará la triple alianza y Osorio será el general representante de Brasil.

Osorio como hombre público defendió al catolicismo en todos los momentos; fué sin duda alguna en su tiempo el más temible opositor a las ideas liberales cuya bandera había levantado Gaspar da Silveira Martins.

Contaba Osorio setenta y un años cuando bajó al sepulcro, su deceso se produjo en la forma más cristiana y ha sido narrado por varios historiógrafos brasileños; nosotros sólo diremos que confesó y recibió la extremaunción a más de rezar las letanías de la Virgen María.

En 1894 con motivo de inaugurarse en Río de Janeiro una estatua para perdurar su nombre, la Argentina remitió una corona de bronce en memoria de su héroe y muchos años después, el presidente Vargas visitaba Buenos Aires y a la sazón el Congreso Argentino votaba una ley que obligaba en nuestro país la erección de un monumento en honor a Osorio.

Por todo esto los héroes argentinos están estrechamente unidos a los brasileños, y los próceres brasileños a los argentinos. La mayoría de unos y otros fueron cristianos, según se infiere de su conducta pública y privada.

J. Luis Trenti Rocamora

"A la bestia humana le está reservado un porvenir eternamente inhumano" ha dicho Sorel. Cuando el hombre es sólo bestia, por una necesidad del espíritu traicionado, se forja ídolos materiales: la Raza y la Clase, en cuyas aras considera justo y hasta hermoso inmolar millones de hombres.

Es preciso llamar la atención antes de que sea demasiado tarde: Es en el fondo de las almas, entre el espíritu y la materia, entre el espíritu y la bestia, donde se está jugando actualmente la suerte del mundo. A la palabra de Jesús: "Unum sint, comunión" le han llamado comunismo, pero el comunismo rojo no es el de Cristo.

EL obús arrebató tu hijo: ¡óyeme madre!

Preparabas en la fábrica la defensa de tu patria, y el bombardeo de la ciudad vecina ni un recuerdo dejó de los tuyos ¡óyeme esposo!

¿Buscas ternura en el destierro? ¡óyeme huérfano!

Egoísmo incomprensible de otros, hizo que en las trincheras mataran a tu hermano: ¡óyeme soldado!

Lo sé, no ha de volver jamás: ¡óyeme novia!

¡Perdona!

Oyeme bien: que vale tu tristeza
Y tu acerbo dolor y tu esperanza...
Calla y olvida si la pena avanza,
Sufre y sonríe si el dolor te besa.

Levanta bien erguida la cabeza,
Siempre la calma para bien, alcanza.
El ejercicio del dolor no cansa;
Y toda pena al fin, nos da firmeza.

Hay algo más; aprenderás ahora
Cómo se sufre y se ora con dulzura,
Cómo se sueña y se ama con ternura.

Aprenderás también cómo se llora...
...Y que ese llanto que el amor pregona
ha de decir de tu dolor: ¡Perdona!

Clelia Leonor Costa Lima

HACIA EL REINADO DEL ANTROPOIDE

DIFICILMENTE habrá de hallarse prédica más impopular y más inaceptada que la que se gaste en procura de moralidad. Contradiga usted la desnudez y ya está juzgado: tonto, quizá, perverso, o cuando menos, inadaptado.

Desea fracasar rotundamente y ser reído por los seudocristianos, francamente a la cara o con sordina a las espaldas, emprenda una campaña pro moralización de balnearios.

Quiere conocer hasta dónde llega la unión de las fuerzas morales dentro de las Asociaciones Católicas, y la solidaridad en el trabajo y la abnegación que ellas gastan, empéñese por aunar esfuerzos en una labor conjunta que tienda a conservar y defender las costumbres adustas y sobrias heredadas de una tradición argentina, católica auténtica.

Pretende escandalizar a los filisteos, ofender a los tenorios y tenorias, presentar blanco punible al tiro de los maldicientes, bocadillo al zuzurro de los murmuradores y pretexto a la protesta de los envidiosos (¡y cómo prolifera esta fauna, gran Dios!), castigue la desnudez, aunque sea citando encíclicas de Papas y cartas de San Pablo.

En fin, acepta malhumorarse, contrariarse, rabiar, y sentar fama de fraile bruto, impulsivo, ininteligente, decadente y ente, aplíqueles el Evangelio a los desnudos de las playas; y dígales que si ellos son castos mintió San Juan cuando dijo que era el mundo: "Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida" (1, II, 16).

¡Oh tremebundo vidente de la Apocalipsis, eso fué antaño! Ogaño —pienso yo— la concupiscencia anda en el mundo vencida, pues he aquí que ya llegan los tiempos del antropoide, y el animal ese es casto, automáticamente casto, como todos los animales excepto el hombre y el cerdo.

"La disolución del imperio romano era nada si se la compara con la disolución presente. Había sin duda más crímenes entonces y un poco más de vicio. Pero existían infinitos recursos que no existen ahora. Aquella podredumbre tenía simientos. Nuestra podredumbre está minada de una esterilidad que la vuelve irremediable".

PEGUY.

La anual avanzada de inmoralidad en las playas, en las revistas, en las películas, en la calle, en los campos de sport, en la pelouse del golf, en los desfiles de modelos, en los ballets y en los Scheherazadas Rimsky-Korsakowianos, en los teatros y en los banquetes de honor, en los atuendos de baile y en los vestiditos de los niños, en los avisos de los diarios y en las carteleras de los cines, en las visitas al médico, que se toma libertades de novio, y en las conversaciones del novio, que se toma libertades de médico, en las conferencias de los higienizadores y en los dibujos de las tapias de convento, va a desembocar, no como ustedes creen, en la inmoralidad del hombre, sino en la moralidad del antropoide. "Veo ascender la pleamar del antropoide", me dan ganas de decir parodiando al mostachudo de Engadina. "Así hablaba Zaratustra el superantropoide".

Porque yo creo así: los hombres se están empeñando a esta hora en que salvar el alma se vuelva imposible, como amargado gritaba el bronco Bloy. Y como Dios no ha de permitir eso jamás, porque atenta contra su bondad, no tiene más que dos remedios para lograr que la salvación del alma, aunque difícil, sea al hombre posible todavía: el fuego y la insania.

En Alemania la idolatría de la carne y el nudismo habían alcanzado altas cimas. Los telegramas de guerra, exagerados o no —yo no lo sé—, aseguran en estos instantes que sobre la capital del Reich han caído en una semana seis millones de kilos de bomba. Yo elijo para mi patria parejo tormento, para mi Buenos Aires lujuriosa y desnuda y horadada de pecados en la noche, el mismo proteico castigo del fuego, antes que Dios nos arroje el tormento peor de la insania, antes que sobrevenga el reino del antropoide. Yo quiero ser hombre hollado y herido más bien que bestia tranquila y

rechoncha. ¡Venga la bomba y ahuyéntenos Dios la vesania!

Quienes prefieren el tormento de la estupidez al del dolor contemplan con sonrisa escéptica cuanto se emprenda inspirado por el propósito de sanear la sociedad. Y en lo hondo de la filosofía sanchezca de esa gente se hallaría la fe en un determinismo histórico invencible, que conduce a los hombres a través de grandes periplos antropomórficos o de colosales apocatástasis.

Los solidarios de la vesania estiman que cualquier medida de orden, adoptada para evitar excesos de libertinaje, es atentatoria contra el derecho que poseen las gentes a divertirse. Y la frase: "Deje que las gentes se diviertan" constituye el reverso de aquella otra: "No me hable de cosas tristes".

Para quienes así razonan la suprema libertad es la disolución. No entenderán jamás que existe un límite en todo goce sensorial y aún en el deleite intelectual y hasta en la felicidad del puro amor, más allá del cual el placer se convierte en suplicio.

La fruición más profunda de la música, por ejemplo, no logra obtenerla el profesional que vive de ella y que roza diariamente, durante horas enteras, las tripas que corren tensas sobre el puente de los dorados violines. Y "sólo los puros saben de las delicias del casto amor", decía San Francisco de Sales. En medio de riquezas, en mansiones opulentas, donde se extreman las rumbonsidades, y no se miden gastos, nada infrecuentemente vívese vida anemiada, y terriblemente aburrida.

"Deje que las gentes se diviertan", oigo decir, y en la frase me parece escuchar toda la voz y toda la protesta condensada del hombre-masa que rehuye cualquiera medida en el placer; y cuyas exigencias reclaman cada día más y más dosis de deleite. Creo percibir, la voz del hombre que desconfía de quien presuma llamarle la atención por sus extravíos y que reconoce un enemigo de sus libertades en la persona que aconseja orden y moderación. El hombre-masa es opositor nato del policía de la esquina y de toda autoridad. Es desconfiado, cree que se le explota, y constituye el elemento aptísimo que aprovechan los soliviantadores del populacho, apelando a los clásicos recursos de psicología multitudinaria, cuando pretenden revolucionar un pueblo para arrojarlo al pillaje o al saqueo.

No voy a ensayar una etopeya o cuadro psicológico de este tipo tan común de hombres. Pretendo tan sólo anotar unos datos imprescindibles, según entiendo, para una topografía del hombre-masa, que precede al reinado del antropoide, algo así como la corneja migratoria anuncia con su presencia el advenimiento del estío.

Ortega y Gasset en *La Rebelión de las Masas*, inspirado en el psicólogo alemán Müller Lyer, ha notado que en la sociedad contemporánea asistimos al fenómeno insólito hasta el presente del asalto del hombre-masa a ciertas actividades sociales para las que está perfectamente incapacitado. De allí el desbarajuste.

Preciso fijar conceptos. —¿Qué es el hombre-masa?

—No es necesariamente el de clase social media, ni precisamente el que padece tirantez económica y se ve forzado a medir el centavo. Tampoco es el que viste con modestia o el que no posee ropas para variar.

Hombre-masa es el hombre despersonalizado, el que no ha comprendido el sentido y el valor de la vida cotidiana, y por consiguiente el que no logra ajustar su conducta moral a principios fijos que le lleven a sus destinos eternos. Puede una inteligencia poseer muchos conocimientos, mucha ciencia, pero si ignora el valor de la vida, el sentido que debe imprimirle, la importancia de las leyes morales, la razón del gozo y del dolor humano, tal inteligencia, aunque pertenezca a un profesional, lleno de títulos universitarios, delata al hombre-masa.

Quien no ha iluminado las menudencias que absorben nuestra vida con pocas grandes verdades vividas y consubstanciadas, quien no sabe por qué existe, por qué sufre, por qué goza, por qué ama y por qué rabia; quien no corre por las insignificancias de cada día hacia su destino eterno, y por la intrascendencia de lo pequeño y momentáneo a la posesión de lo trascendental y eterno es hombre-masa y nada más que masa.

Existen sabios que llevan en el alma la interna tragedia de no descubrir la razón última y el fin de su saber y de los pasos que caminan en la diaria jornada. Creen en la ciencia, en la medicina, en la mecánica, en la química pero ignoran su propio

destino y no creen en sí mismos. Saben para qué llevan el saco y la corbata, pero no saben para qué se llevan a sí propios, deslizándose incesantemente por el cauce del vivir irreversible.

Saben que estudian, y que trabajan, y que se distraen en el club y en el golf pero no saben a dónde enderezan todo el cúmulo de sus actividades. Muchos, muchísimos se truecan en máquinas de ganar centavos o de reclamarlos prestados al amigo, pero ignoran y tiemblan de interrogarse a sí mismos qué finalidad ulterior persiguen más allá de ese afán incesante de lucrar dinero, de engendrar hijos, de gozar, de reir, de comer y de vestir. Son hombres-masa y archimasa. Son pasta amorfa —mal que les pese— y protoplasmática e indiferenciada. No saben a dónde disparan como un arpón sus existencias. Y cuando alguien trata de removerlos un poco de sus socordias, acidias e inercias, rehuyen pensar, porque tienen tremebundo pavor de sus propios pensamientos. Acorázanse en un bienestar superficial que se asemeja al de los lagos inmóviles formados en los cenagales. Cuando el sol los ilumina parecen un espejo de tersura, oro y luz, pero su cuenca inferior carga una gruesa sedimentación de materias putrefactas.

El hombre-masa es un ser que frente al problema del destino humano se muestra impávido, ni siquiera hinca el tremendo interrogante en su epidermis abroquelada. A quien ose crearle inquietudes espirituales y desazón frente al más allá, a quien se proponga espiritualizarlo, llamarlo a reflexión y examen de la vida, responderá impasible, encogiéndose de hombros, que tiene su conciencia sosegada, que nada debe rectificar en su conducta, y que goza de perfecta tranquilidad de espíritu. Y lo peor es que habla con toda sinceridad. Porque este ser confunde tranquilidad de conciencia con tranquilidad de digestión. De allí que el hombre-masa vive para éso, sólo para éso, para digerir. Y su trayectoria vital y sus inquietudes y su historia entera se encierra en cuatro verbos: *nace, crece, engendra,* y *muere.*

El hombre-masa no se exhibe siempre de modo uniforme. Posee sus abatares. Pero su rasgo distintivo descúbrese en que no vive nada más que para divertirse, para procurarse placer y placer sensual. Reviste a veces una ideología o una filosofía molusca y acomodaticia. Pero, rascad un poco la superficie del hombre-masa, coloreado de comunista, y hallaréis al tártaro o al indio. Alzad una punta del manto del sensualista y veréis al epicúreo *de grege porcorum.* Observad qué esconden muchas gentes bajo el pretexto del arte y de la belleza, y hallaréis la lujuria. Analizad ciertas tristezas de tenorios envejecidos, y descubriréis el miedo a la muerte, y el terror al sufrimiento o a la soledad, para huir de la cual no dudan en arrojarse al suicidio, al alcohol, al narcótico, a la dolantina; como aquellos que para disimular el cáncer que les quema las entrañas se vuelcan a la calle en busca de estupefacientes.

El hombre-masa, puesto que ha trocado la vida en fin, no comprende que valga la pena existir sin deleites sensuales. En sus conceptos ha hecho de la mujer un objeto exclusivo de placer, de seducción y de conquista. Y no concibe ni siquiera un cielo donde se vea privado del goce de la hetaira y del serrallo. Pasean estos seres la obsesión neurótica del sexualismo, y para saciar su hambre interior, se arrojan extremecidos de ansias a la playa, al "*bailongo*", a la revista obcena que les depare gustosos ratos de paladeo pecador. Jamás entenderán que se nos ha dado el don de la libertad para lograr el dominio de nuestras tendencias inferiores y que la propia personalidad sólo se construye sobre la superación de tales tendencias vencidas con hábitos virtuosos.

Debo afirmar ya, que este tipo de hombre-masa, superficial, inconsciente, irresponsable y egoísta crece cada día más ahogando la minoría selecta de las personalidades. Cobra auge este tremendo peligro social, como nota Ortega y Gasset: "Ya en su tiempo decía Hegel apocalíptico: "*Las masas avanzan*". Augusto Compte anunciaba: "*Sin un nuevo poder espiritual nuestra época que es época revolucionaria producirá una catástrofe*".

El temible hombre-masa se encuba en la playa, y más y más en la medida que ésta se vuelve licenciosa. La razón es obvia: Porque este ser, que ha hecho de la vida un divertirse sin medida, como no puede permitirse los goces del espíritu, pues lo lleva embotado, se brinda los goces de la carne, que constituyen su manjar de predilección.

Un falseado concepto de democracia le ha persuadido que a tenor de los principios de libertad debe dársele expansión a todos sus deseos irresolutos. Y cree que cuando se le ajusta un poco y se le reduce a cauce podándole excesos se conspira contra la democracia; y comienza, con ojos inyectados en sangre, a ver tiranías en todos los horizontes.

Por ello he dicho que el incivil encuba, crece y se fecunda entre la desnudez, su clima preferido. Los excesos crecientes a que se precipitan las muchedumbres le miman y le acarician. El hombre-masa se siente halagado y en medio la podredumbre contemporánea se repantiga rechoncho y satisfecho. Nada limita ni morigera sus deseos. Todo le es permitido. Se encabrita no bien alguien pronuncia en su presencia la palabra "moderación". Su respuesta altanera reta así: "tengo derecho a divertirme". Este hombre vive golpeando la cara de las gentes con sus derechos. No ve que el desenfreno al corromper al niño, al joven, a la mujer, y al inficionar la atmósfera, lesiona ajenos intereses, a los cuales responden en él graves obligaciones. El hombre-masa es un arsenal de exigencias sin deberes ningunos.

LA FAUNA PROLIFERA DEL TIPO-MASA

De la playa sale cebado. Este hombre distribuye su fauna prolífera en las especificaciones tan conocidas, que se denominan: "el guarango, el incivil, el compadre, el patotero". Porque —y se me había olvidado decirlo— el hombre-masa posee rica gama de individuaciones. Es género muy más lleno de variedades que el de los coleópteros.

"Este ser guarango, incivil o patotero a fuerza de habérsele evitado toda presión en derredor, todo choque con otros seres, llega a creer efectivamente que sólo él existe y se acostumbra a no contar con los demás, sobre todo a no reconocer a nadie como superior a él. Esta sensación de la superioridad ajena sólo podría proporcionársela, quien, más fuerte que él, le obligara a reducirse y a contenerse. De esta suerte habría aprendido la esencial disciplina que enseña: "ahí concluyo yo y empieza otro que puede más que yo". En el mundo por lo visto hay dos: yo y otro superior a mí" (Ortega y Gasset).

La exorbitación del apetito sensual es causa de que el tipo humano, cuya topografía psicológica trazo ahora, se vuelva incapaz de convivencia social, de sentir amor al hogar y a la patria. Es un inadaptado que no logra incorporarse a la sociedad. Por ello ni le interesa la historia del pueblo en que vive, ni venera sus héroes y tradiciones, ni conspira a su grandeza.

Es además insolidario. Le agrada, es cierto, reunirse con sus camaradas y formar patotas, pero procede en ello con un instinto parejo al de los trashumantes tropeles de la indiada. Camina en horda gritando por la calle, alta la noche, o se apretuja en el camión cuando va o vuelve del "*pic-nic*", profiriendo bravuconadas, cantando destempladamente letrillas abominables, riendo hasta dolerle los músculos faciales, y arrojando procacidades a las niñas que encuentra a su paso; soeces procacidades que celebra el grupo de compinches. Pero así como ha extirpado de su espíritu los afectos familiares, así se ha vuelto incapaz de verdadera amistad. Vive egoístamente para sí. Todo lo refiere a sí o lo compara consigo, y es incapaz de sacrificio alguno en favor del amigo. Aún cuando demuestra agrado en fusionarse con sus contertulios es agriamente hostil y desconfiado. Ciérrase en sí mismo frente al sacrificio y no va más allá de las fronteras de su yo.

Si nuestra Patria se viera algún día invadida y precisara el sacrificio de sus hijos no se espere que ése ser egoísta sabrá sacrificarse lo más mínimo. Es la pasta maleable y blanda que obedece al soborno y se presta dúctil al espionaje.

Tiemblo cuando oigo que el hombre incivil e insolidario "*viva*" a la democracia. Ahora le hace el elogio, porque cree que la democracia constituye un orden de cosas que le permite hacer cuanto le viene en gana en el terreno de su sensualidad. Mañana elogiará al comunismo si le persuaden que dentro de tal sistema sus concupiscencias camparán más libremente. Sólo le atrae el régimen, el partido, el club y el trabajo que le exija menos rigor de vida y de disciplina.

Cobarde este ser en su hibridez posee sin embargo una técnica de combate que hábilmente explota. Es la de soplar la calumnia, el mentiroso rumor o la falsa alarma en el filo de las esquinas para que el viento de la maledicencia desparrame el error por la ciudad. Así drena el pus de sus

resquemores, de sus pretensiones fracasadas por puestos públicos en los qus espera propinar un cómodo vivir a su holgazanería rociada con tacitas de café. Y así toma él sus represalias contra la autoridad que lo empretina, quedando siempre al resguardo del anonimato.

LA PRENDA CODICIADA EN EL DIA DE LA REVOLUCION SOCIAL

Dice Ducatillón, en un libro que en estos mismos días se reparte en Buenos Aires, que la guerra actual es una revolución social y no tan sólo un choque militar entre dos naciones. Ella obedece a una tentativa de realizar, primero en Europa y luego en el resto del mundo, la revolución que viene produciéndose en los pueblos desde la pasada conflagración mundial. Esa revolución es el levantamiento del hombre-masa contra todo lo que ponga coto a sus apetencias. Pretende, con más o menos violencia, extirpar los principios prestigiosos de orden y de trabajo, y profesa hondo desprecio hacia las ideas de moralidad y hacia los principios religiosos, por más que dichas ideas y principios hayan informado toda la historia de la nación que le acunó.

Ahora bien. Las revoluciones nos han enseñado que en la hora tonitruosa el populacho sobreexaltado no persigue tanto la riqueza de los hacendados cuanto los cuerpos de sus hijas. Déjenmelo decir claramente. Tiende furibundo el tumultuoso a gozar de la belleza que contempló lejana e inasible en la desnudez de los balnearios lujosos, en los campos de deporte exquisito, en las revistas sociales y en los rotograbados de la prensa.

Reitero. Al populacho se le han paseado ante los ojos, como guindas que no probará jamás, cuerpos desnudos de hermosa arquitectura. Llegará un momento en que termine el tantálico suplicio y la masa rebelde se arroje a probar las guindas del cercado ajeno.

Más que la ostentación de riquezas y de lujo, exaspera, enfurece y acicatea a las clases ínfimas, precipitando la revolución social, la ostentación desconsiderada de cuerpos semi-desnudos. Porque es mayor la fuerza impulsiva del deseo concupiscente que la ambición del dinero.

El hombre-masa sabe perfectamente que no tardará la hora en que ha de pertenecerle el cuerpo noble que le atrae como una sirena en la costa marina; y que se avecina el momento en que quebrará las barreras sociales que le separan al presente de la presa codiciada. Esto se ha repetido innumerables veces. Es ya lugar común. Pero sé muy bien que no se logrará persuadir tal doctrina a ninguna madre ni a ninguna joven.

La denudación desmedida exaspera al populacho y le precipita a las catástrofes sociales y angustia la hora actual más, mucho más que toda la prédica comunista unida.

(Y las damas que me leen furiosas exclaman aquí: "*Mientes*". Bien. Dama ilustre, yo miento y miente San Juan Crisóstomo, quien predicando a las bizantinas, tan nobles como Ud. señora, aseguraba: "*Non est corporum et pecuniae par cupiditas; sed acrior multo atque vehementior illa corporum est*". Por eso, señora, no dude que en el día de la eclosión y del desbarajuste populachero sufrirán el primer destrozo los nobles y juveniles cuerpos de sus hijas, que la vanidad y la coquetería y la inconciencia en la playa ahora desnuda; y sólo después de haberlos herido a ellos, proseguirán las hordas destrozando su palacio.

Por eso las guindas, como Taine decía, que tantálicamente han paseado las playas sobre los belfos del antropoide, diciéndole: no las probarás, serán la primera presa y el primer bocado, en el día en que sus fauces se sientan libres del freno que ahora las amordaza. Sí. Y a mí, sacerdote que clamo importuno e intolerante, me matarán y a sus hijas las profanarán. Pero es peor esa profanación que la muerte. Y yo no miento, señora).

Pareciera que se procura ahogar sistemáticamente todo sentimiento de honestidad. Y nadie se da cuenta menos de ello que quienes se prestan neciamente a propagar el mal. Los ojos van acostumbrándose a la visión de lubricidades. Ninguno se escandaliza, sino a precio de ser estimado por perverso o botarate, cuando los diarios y las revistas ilustran sus crónicas sociales con fotos tomadas en playas o en piletas de natación donde se representan, en promiscuidad de serrallo musulmán jóvenes y niñas formando coronas de amorcillos en la gloria de una Venus, o de un Baco libidinoso. Se va hipertrofiando el sentido del pudor y formando en la muchedumbre un alma epicena, moluscoide, gelatinosa.

De esas promiscuidades en la niñez y en

la adolescencia, en las que jóvenes de ambos sexos exhiben sus desnudeces apenas disimuladas por las mallas, la sociedad recogerá, en un día bastante próximo, tipos de sexualidad hiperestésica, a los que será preciso sofrenar con cadenas para poner coercitivos a sus intemperancias.

Cuanto se diga a este respecto habrán de atribuirlo los adoradores de la carne y los gacetilleros que componen las crónicas sociales a intemperancias frailunas, a desconocimiento de la hora actual y de las imposiciones de la moda. Para quien vive vida de ateísmo práctico y de materialismo lo dicho suena a paparruchas vacuas.

Los idólatras de Cupido no se resignan fácilmente a salir del encantamiento asqueroso en que viven sus meses de verano, y toda prédica de Pontífices, Obispos y Sacerdotes resulta ineficaz, absolutamente ineficaz. Puede más una mujercita descocada y terriblemente bonita que se desnude en Hollywood. Puede más un tendero que explota la vanidad mujeril y la concupiscencia hombruna.

Para constituir un pueblo fuerte no basta poseer ancha tierra dadivosa, es preciso, antes que nada, severidad de vida, rigor de costumbres, adustez y empeño en el esfuerzo. Noto, por último, que sólo una actitud severa y un régimen de rigor pueden atenuar el mal. Porque el hombre-masa nunca descubre que es masa, jamás duda de su plenitud, ni cambia su suerte por la mejor del mundo, porque es botarete vitalicio.

Este ser que carece de un núcleo de ideas, que es protoplasmático, impersonal y ambiguo impone su psicología como la mejor psicología y como la única que vale la pena poseer en el mundo. Vive su hora y hasta se jacta de tener los sesos soplados. Hoy se muestra pacífico. Mañana mudará la piel de serpiente dejando al descubierto su entraña furibunda.

¡Ay de la sociedad el día en que el hombre-masa dé rienda suelta al infra-hombre que lleva dentro de sí, a ese infra-hombre cuyos jadeos represados me parece sentir cuando me encuentro en medio del tumulto de las plazas y de las costas marinas. Paréceme que he sido trasladado a la selva original, a la cuna del hombre, y que me rodean —como en las pesadillas— rebaños de antropoides.

El cuadro de la playa patotera me evoca las descripciones de Plinio, cuando pinta la vida de los esclavos en tiempo del Imperio. Vense allí rebaños de desheredados que al sentirse muchedumbre inerme alzan su alboroto a las estrellas, como majadas de canes ululantes, procurando llenar con alaridos el vacío de sus espíritus.

Nunca sentí tan al vivo esta sensación de retrogreso a los tiempos de los esclavos o más lejos aún, a la época aluvial, como cuando en una mañana jubilosa de sol, durante el verano pasado, contemplé desde el mirador de la torre Tudor, en Mar del Plata, la playa Bristol inundada de carne tostada. Me parecía que desde lo hondo del mar salino me llegaban ráfagas venidas desde lejos, desde las edades jurásicas y cretáceas, en tiempos de plesiosaurios; y que el cardumen moreno que allá abajo se removía en oleadas densas pertenecía a un período de la historia humana anterior al clam y al aduar. Sencillamente parecíame el reinado del antropoide.

Y me acongojó de súbito el temor de que la caliente y requemada grey del hombre-masa había de sojuzgar en un día demasiado próximo las clases sociales rectoras, imponiendo con impetuosidad y violencia el desenfreno de su despotismo.

Aquel perfil atlántico, cargado de populacho promizcuo, trasudado y oliente bajo el ardor solar, parecíame el símbolo de una raza excenta de toda interior disciplina que cada día reclama más y más deleite para satisfacer las hambres insaciables y los feroces egoísmos.

Hernán Benítez



Sobre fútbol

El fútbol es un deporte que cada domingo congrega en nuestros estadios un número enorme de personas. Lo mismo sucede en las canchas de deporte de nuestras principales ciudades y en los campos de esparcimiento futbolístico de casi todas las ciudades de América. De aquí que se pueda llamar a éste el deporte más universal y más popular.

Era natural entonces que algunos visitantes chilenos acudieran, no hace mucho, a presenciar un partido en uno de nuestros mejores estadios. Tuve oportunidad de intercambiar opiniones con uno de estos visitantes. Me manifestó que había recorrido todos los estadios principales de América, pero ponderó y elogió entusiastamente el lugar en que nos encontrábamos admirando el progreso que, aun en este orden de cosas, ha alcanzado la Argentina. Me sentí orgulloso de mi país, porque son muchos los americanos de diversas naciones a quienes he oído elogiar efusivamente lo nuestro.

El visitante chileno me habló después de la cultura con que se asiste en algunas ciudades, a las disputas futbolísticas, y del control en palabras y gestos, tanto por parte de los asistentes como de los jugadores. "Pero hay ciudades —añadió— donde no se puede acudir con señoritas por el calibre bárbaro de los términos. Felizmente, son la excepción".

En ese instante, el juez que actuaba en el juego, hizo sonar el pito por una infracción. La "mano penal" que se ejecutó produjo un "gol" que desequilibró la posición de los equipos. "Dos a uno" —gritaron los visitantes—, "bravooo". Pero dentro de la frenética salva de aplausos se escucharon simultáneamente epítetos, calificativos, interjecciones que francamente no eran muy cariñosos para el cuadro perdedor. "Juez vendido" —respondieron los partidarios de éste, añadiendo otras expresiones no inferiores en elegancia y diplomacia a las escuchadas. Mientras tanto, algunos jugadores se habían tomado a trompis dentro de la cancha y el juez era libertado a duras penas de puños agresivos, por un policial. Y en el aire silbaron: piedras, botellas y hasta papeles encendidos.

Como si todo esto no fuera bastante, y aprovechando la confusión, algunos muchachos próximos a nosotros arrojaban hacia las graderías inferiores mondaduras de frutas y otros objetos menos inofensivos, es decir, groseramente ofensivos a la moral, pero cuyos nombres no se pueden escribir. No había terminado el espectáculo desagradable y vergonzoso cuando sobre nuestras cabezas comenzaron a caer hilos de algo que no era agua, aunque al principio lo pareciera. Puedo asegurar a los lectores que jamás he sentido vergüenza y confusión mayor.

Huelga todo comentario y los lectores (sobre todo los que conocen vida de fútbol) comprenderán fácilmente el efecto que produjo todo lo referido al visitante del país hermano.

Un juego que podría solidarizar más que ningún otro las relaciones deportísticas de los países de América, se transforma en motivo de vergüenza por obra y gracia de elementos ineducados e irresponsables, que anteponen el desahogo de la pasión o el capricho al honor nacional que todo ciudadano representa en las distintas circunstancias en que debe actuar. Solidaridad en cuanto al intercambio deportístico, pero patriotismo intenso primero, no sólo en defensa de nuestros competidores, sino mucho más en defensa de nuestro progreso moral, de nuestras maneras urbanas, de nuestra corrección general. También se defiende al país desde este aspecto, porque este aspecto también entraña patriotismo, argentinismo y nacionalismo bien entendido.

J. Cánepa

Los cuatro grandes en el arreglo del Mundo

III

EL Palacio de los Delegados Estaduales, como ya se ha dicho, el primer día de su apertura vió transitar, por pasillos y despachos, una multitud enorme de postulantes. El día siguiente, domingo, permaneció cerrado.

En el hotel donde se hospeda Aristóteles, respondieron a todos los visitantes que el Filósofo había salido temprano y que no regresaría hasta el lunes. La verdad es que este hombre se encierra en su biblioteca a estudiar y a trabajar el único día libre de ocupaciones. Acontece lo de siempre: el que más derecho tiene al descanso, no hace uso de ese derecho. Valga por los que descansan los siete días de la semana.

A Marco Tulio Cicerón lo vieron salir de misa al mediodía, pero en la puerta misma de la Iglesia tomó un taxímetro y desapareció.

Juan Pérez estuvo en el hipódromo donde jugó más de mil boletos y ganó, ganó muchísimo dinero que, en el primer golpe de entusiasmo, pensó distribuir entre los pobres. Del hipódromo partió para Avellaneda en el lujovo automóvil de un correligionario. Y en el viaje se olvidó de los pobres y resolvió comprar vacas, que están ahora a buen precio, porque hay que envasar mucha carne para ciertos países beligerantes, aunque aquí se venda el kilo a precios inconcebibles. Total, éste no es un país de carnívoros y podemos comer papas, que ya han comenzado a venderse más baratas, al menos más baratas que la carne. Pero Juan Pérez, además, tiene que redondear una suma crecida porque le están construyendo una enorme casa de departamentos en la calle Santa Fe. El pobre lamenta *haberse metido en este asunto*, pero dice que, cuando le terminen el dicho edificio, pensará de nuevo en los otros pobres, que acaso necesiten más que él. Esto se entiende, siempre que al señor político no le salga al paso algún otro negocio impostergable. Lo malo es, que casi todos los negocios de Juan Pérez son impostergables. Lo único que él posterga, es lo que debe tratarse en el Palacio Estadual, como antes postergaba lo que debía resolverse en las Cámaras.

El Delegado de Africa y Oceanía, Aníbal, se pasó todo el día de fiesta volando en un avión de Córdoba y tuvo suerte, aterrizó ileso. Es una lástima que no haya podido utilizar el paracaídas que le construyeron especialmente para él. Aunque ya le habían dicho algunos militares amigos que no llevara ese instrumento inútil porque hoy en día, en el aire, se tiene la misma seguridad que en un colectivo.

Podrá parecer demasiado detalle ocuparse hasta de los domingos de estos señores. No olvidemos que se trata de cuatro delegados mundiales sobre quienes inciden todos los ojos y oídos, pendientes de las trascendentales resoluciones que habrán ellos de tomar, para la nueva marcha del mundo.

Por otra parte, el Secretario, Yo, estoy en constante comunicación con los delegados para informarles sobre cualquier novedad de importancia que pudiera recibirse en el Palacio Estadual. Por ahora, esta constante comunicación es teórica, pero tiempo al tiempo.

En esta casa hay un contraste impresionante entre el ruidaje de los días de tra-



bajo y el silencio de los días de fiesta. En los últimos, no acudo sino yo y el ordenanza y bombero que estén de guardia. Y cuando cualquiera de nosotros se traslada de un lugar a otro, parece como si el eco de los pasos se uniera a los innumerables ecos de tantas charlas, conversaciones y comentarios pegados a las paredes. El gran salón de las deliberaciones, semeja a una enorme tumba muda, porque permanece todavía cerrado. Lo de *tumba muda* no es error; hay tumbas que hablan y algunas a tambor batiente. Po reso, tiemblo cuando alguien me dice: "Confíe en mí, soy una tumba". Y eso que no me refiero ahora a las tumbas podridas, porque a esas, mejor es no menearlas.

Yo invierto mis días de fiesta leyendo diarios y también escribiendo artículos sobre cuestiones sociales. Es mi Hobby, como el de otros consiste en juntar estampillas o jugar al Bridge. Y lo paso muy feliz, encerrado en el despacho de Aristóteles; hasta me siento filósofo, escritor, sociólogo y componedor del mundo. Es el día que aprovecho también para escribir detalladamente cuanto se refiere al Palacio Estadual y a sus moradores. El único momento de descanso me lo tomo al mediodía, cuando me reúno en el almuerzo, con el ordenanza y el bombero. Entramos en la cocina los tres, y deglutimos a nuestras anchas, comentando los partidos de fútbol, que trasmiten a gritos los altavoces vecinos, de los aparatos de radio. Pero también asisto, en otros días, a los banquetes y coctails-party, con que se homenajea a los delegados estaduales. Por mi rango social y por mi cultura urbana —no le admire a nadie que yo mismo lo haga resaltar, porque de lo contrario ¿cómo sabría la gente que soy un muchacho distinguido?— digo que por mi clase y por mi cuna (aunque me parece que mi cuna fué de mimbre), cae de su peso que soy un hombre fino y delicado. Prescindo, por supuesto, de mi preparación intelectual y de mi integridad moral. Sin embargo, jamás me siento más cómodo que cuando almuerzo con estos muchachos tan sencillos y sobre todo tan decididos frente a un pollo al horno con papas. Estos muchachos, uno tiene sesenta y tres años y el otro como cuarenta. Pero son macanudos. La otra vez decía el bombero: "la etiqueta estará muy bien, pero si no se agarran con los dedos las patitas de pollo doradas, no se les toma el gusto. ¿Qué quiere, señor Secretario? ¡Comer con cuchillo y tenedor no es comer!" Y si se les oyera cómo hablan. Hay para escribir un tratado político - económico - científico - urbano - rural - religioso. Baste decir que, el ordenanza es gallego, aunque acriollado y que, el bombero es hijo de italianos.

Después del almuerzo, el Secretario hace su siestita y luego, nuevamente a estudiar y a escribir, hasta la caída de la tarde en que me retiro.

No ha de ser inoportuno relatar también cómo invierten su día de guardia, el ordenanza y el bombero.

Por la mañana se informan de la marcha de la guerra, cuando la guerra marcha. Después sacan las palabras cruzadas, resuelven adivinanzas, se ríen con Trifón y, si les queda tiempo (que siempre les queda), buscan piezas baratas. Todos estos detalles parecerán superfluos, pero van a tener mucha importancia para no perder el hilo, cuando comiencen las trascendentales deliberaciones de los delegados.

A las once del día ya se han leído todos los diarios de la mañana y naturalmente pónense a conversar.

Ordenanza. — ¡Qué buen hombre es este Secretario! ¿No?

Bombero. — Es muy buen tipo; y preparado.

(Conviene no olvidar, esto va entre paréntesis, que yo soy el superior inmediato de ordenanzas, bomberos y de todo el personal de empleados que ingrese en la Repartición).

Ord. — Por algo don Aristóteles lo propuso para ese cargo.

Bom. — Raro que le llevaran el apunte a don Aristóteles! Porque yo he tenido más recomendaciones que pelos en la cabeza, y no salgo de bombero.

Ord. — Hay muchas formas de recomendar. Don Aristóteles se presentó en persona por ante los principales Jefes de Estado y después les escribió muchas cartas y les habló también por teléfono submarino.

Bom. — ¡Ah! ¡Así es otra cosa! Si utilizó submarinos.

Ord. — Con decirle que el mismo señor Cicerón lo reconoce. Porque suele decirles, a los que vienen a por algún asunto: 'Usté tiene condiciones, mi amigo, para todo eso que usté pide, pero hay que insistir,

hay que insistir, porque ternero que no bala no mama".

Bom. — Lástima que muchos terneros nos quedamos balando toda la vida y no nos toca el turno de mamar. ¡Cosas de la política!

Ord. — Ahí está el busillis, amigo, ahí está el busillis.

Bom. — ¿El fusilles? ¿Qué es eso? ¿Buscar empleo con fusiles?

Ord. — ¡Hombre! ¿Pa qué le viá decir una cosa por otra? No sé lo qué será el busillis. Pero se lo tengo oído mucho al Secretario.

Bom. — Si sirviera lo mismo una manguera.

Ord. — ¡Cá, hombre! Usté no cacta. ¡Cómo va'conseguir ascensos con manguera! Gracias que ese chisme le sirva pa incendios.

Bom. — Yo asciendo sólo por la escalera. Pero usté habla con palabras que no entiende.

Ord. — ¡Hay tantos conferenciantes que hacen lo mismo! Pero busillis debe significar: viveza, habilidá ¿sabe? (1).

Bom. — Entonces, todos los acomodados serían vivos. No me haga reír. Hay sonsos más grandes que esta casa con sueldazos de 1000 pesos.

Ord. — Ríase todo lo que quiera. Pero esos negados a que usté alude, aunque no sirvan más que pa juntar trapos o cuernos, han tenido la viveza de arrimarse a un buen ternero que bale por ellos.

Bom. — Si usté lo dice... Pero en el acomodo hay mucho de suerte.

Ord. — No se lo niego. Pero, a veces, también de condiciones. Al que vale, a la larga se le oyen los balidos.

Bom. — Sin embargo, conozco tipos muy inteligentes y que están en la ruina.

Ord. — Por eso le dije: "A veces".

Bom. — Si todos los jefes fueran como los nuestros. Estos sí que valen.

Ord. — Si usté hubiera conocido al Secretario de otra Repartición. ¡Qué tipo degenerado! Se pasaba tomando té y atendiendo asuntos particulares. Bueno, el hombre era delicado de salud y tenía que viajar mucho para reponerse. Por otro lado, de cada viaje a Tucumán, regresaba con chancaca para un médico de la Inspección de Higiene.

Bom. — ¡Qué tipo sinvergüenza!

Ord. — Sin embargo, el hombre a veces era sacrificado y caritativo. Vea usté: cuando se le enfermó la señora del reuma, se privó él de la estufa de su oficina y se la prestó a su consorte por más de un mes. Y honrado, porque la devolvió a la Repartición.

Bom. — Si nosotros fuéramos honrados así, iríamos a parar a la calle.

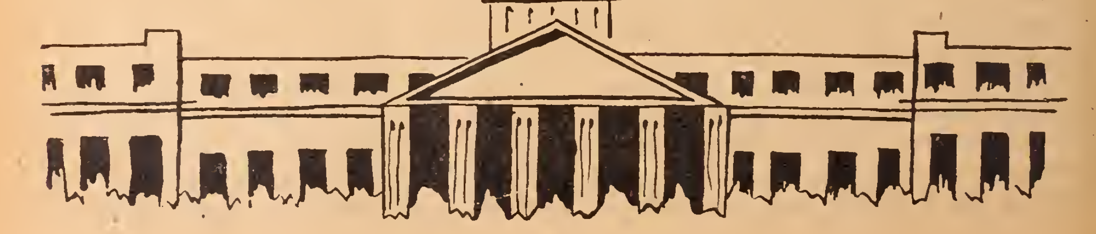
Ord. — Es que en nosotros sería robo, porque no tenemos letras.

Bom. — Usté no tendrá letras aprendidas, pero lo qu'es vistas...

Ord. — Gracias por el halago. Pero ¿usté cree que yo critico al mentado Secretario? El Secretario de que le hablo se llevó también a su casa; máquinas de escribir, papel, lápices, gomeros, estampillas oficiales y todos los útiles necesarios para sus trabajos intelectuales. Pero sepa usté que

---

(1) Durante la comida, les expliqué, por supuesto, lo que cualquier lector sabe muy bien: que *busillis* es la terminación del adjetivo omn*ibus* unida al pronombre *illis*, palabras latinas en dativo que significan: "para todos aquellos". La página de cierto libro terminaba con *omni-* y la siguiente comenzaba con *bus illis*, pero un lector novicio en latines no acertaba a leer sino *omni-busillis*. Después de mucho trabajo intelectual, cuando se encontró con su maestro, éste le enseñó a separar las palabras y leer entre líneas. Entonces el lector exclamó entusiasmado, como si hubiera descubierto América: ¡Aquí está el *bus illis!* Y la palabra se ha hecho clásica en el sentido que le dió el ordenanza.



escribió muchos folletos para ilustración de los conciudadanos, sobre Registro de la Propiedad Intelectual. Ergo empleaba, para bien del Estado, los útiles del Estado.

Bom. — Dígame ¿y no lo echaron de la Administración?

Ord. — Intervinieron la Repartición y lo mandaron a otra parte.

Bom. — ¿Con el mismo sueldo?

Ord. — Con el sueldo íntegro.

Bom. — ¡Qué injusticia!

Ord. — No veo la injusticia. El Interventor dijo que: "Había de curarse la enfermedad sin que quedara la cicatriz".

Bom. — ¡Qué buen cristiano el Interventor y qué caballero!

Ord. — Como que trabaja de la mañana a la noche, por la Repartición que dirige.

Bom. — ¡Si hubiera muchos así!

Ord. — Hay gente muy buena, también en las altas direcciones y que se preocupan de todo. Con decirle que ese Director de que le hablo me empleó a mí, a uno de mis hijos y a un sobrino... Además, ha hecho ascender y aumentar el sueldo a casi todos los empleados.

Bom. — ¡Cómo estarán de contentos!

Ord. — Y... ¡Ya vé! ¡Lo qu's ser desagradecidos! Unos se han enojado porque no los ascendieron como deseaban; otros parecen contentos pero se vé a la legua que no están conformes; y algunos viven bramando contra los Jefes.

Bom. — ¡Qué tipos sonsos!

Ord. — No crea; los pobres se pasaron una punta de años sin que nadie se ocupara de ellos y eran tan buenos que vivían alabando al Director y sirviendo como esclavos.

Bom. — ¿No sería por temor de que los echaran? Vea, hay tipos que son hijos del rigor y hacen como el cuervo que le sacó los ojos al dueño. Yo creo que, no hay que escupir pa el cielo ¿no le parece?

Ord. — Dios da pan al que no tiene dientes.

Bom. — A esos empleados que usté mentaba les debieran haber dado galleta.

En ese momento aparecí por un corredor, y los tres nos encaminamos a la cocina. Ahora, como en las novelas: "En el reloj de la torre próxima sonaban las doce y cuarenta y cinco".

Después del pollo y las papas, hubo una respetable fuente de ravioles y todo rociado con el buen tintillo que obsequió el bombero. La jalea de higo provinciana corrió por cuenta mía; tengo unas parientas en Catamarca. El ordenanza contribuyó con el café moka legítimo, que le envía su sobrino desde el Brasil.

Hora y media después no se oía una mosca en el Palacio Estadual.

Serían como las cuatro de la tarde ("alias las dieciseis" —como dice el ordenanza—) cuando el bombero abrió los ojos y se desperezó. Y a los pocos minutos estaban ambos de gran conversación en el hall de entrada del Palacio.

—¿Cuántos paso entonces? —preguntó el bombero, discando en el teléfono.

—Tres a ganador y dos a placé.

—¡Ola!.. De la lechería de don Figueroa... Tres y dos ¿sabe?

—No estaremos haciendo una macana con estas redoblonas? —preguntó el ordenanza?

—¡Quién va'sospechar de este Palacio! ¿Y la jerarquía?

—Pero pueden sospechar de nosotros.

En ese instante sonó el timbre. El ordenanza recibió los cigarrillos y los pagó con un montón de moneditas de cobre, porque el níquel escaseaba en la ciudad.

—No se olvide, don Alvarez, del sesenta y seis —dijo el peón de la cigarrería al retirarse.

—Es un número lindo —comentó el ordenanza— aunque medio apocalíptico (2).

El ordenanza Alvarez clausuró la puerta con llave y mientras entregaba al bombero sus pitillos, dijo con cierto tonillo de profeta:

—Oiga usté, tenemos que exponer algunos cobres al sesenta y seis. Me lo ha dicho un pajarillo...

---

(2) Probablemente el Secretario alude al libro del doctor Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), titulado "666", que apareció por aquellos días en la Argentina. Se trata de una obra magnífica del famoso novelista y, sin duda, una de las mejor escritas en idioma español, en estos últimos tiempos. Pero la imaginación popular crea supersticiones de inmediato y mezcla números con invocaciones a la Madre María o a San Judas Tadeo o a Carlitos Gardel. Es uno de los más terribles males de nuestra época, esta confusión bárbara en todos los órdenes. — *Nota del traductor.*

—Que vuela por el mundo entero —añadió el bombero—. Pero en las quinielas no tengo suerte. En fin, probaremos otra vez.

En ese instante me presenté en el gran hall, con el sombrero en la mano.

—Dentro de diez minutos estaré de vuelta. Por si preguntan.

Y cuando pasé frente a la cigarrería de la esquina, oí al cigarrero que decía, con cierta intención, a su mujer:

—¡Pobres muchachos! ¿Qué pueden hacer todo el santo día metidos allí, si no se toman ese inocente desahogo?

—¡Claro! —contestó la mujer del cigarrero—. El día no puede ser más santo. Habrá tantos buenos cristianos que se desahogan lo mismo. Con tal que no se les ocurra desahogarse en otras formas...

Esta es la opinión del cigarrero y de la cigarrera, pero ¿quién puede averiguar lo que opinan las autoridades policiales de la seccional y cómo se desahogan?

Eran como las diez de la noche cuando se presentó Rodríguez en el Palacio Estadual acompañado por una dama. No pequeña fué la sorpresa del bombero que exclamó en silencio: "¡Cómo! ¿lo han soltado de la Penitenciaría? Este sinvergüenza ¡ni había devuelto la llave! Todo esto me lo contó después el bombero, porque yo y el ordenanza nos habíamos retirado. Rodríguez se aproximó al representante del agua, que permanecía en el hall para atender el teléfono, y le susurró quedamente en las orejas:

—Si alguien pregunta por mí, usted no sabe nada. ¿Me entiende?

—Le entiendo; digo, que está muy bien, señor.

Y el ex representante de Africa se encerró en su despacho en compañía.

Pasaban las horas. El bombero se había dormido profundamente sobre un sillón. A eso de las tres de la mañana sonó el teléfono. El apagador de incendios, medio dormido, saltó de su improvisado lecho y acudió con diligencia.

—Hable. ¿La señora de quién?.. ¡Ah! ¿Del ex Delegado de Africa? No. ...Ni ha llamado ni ha venido, señora... ¿Tenía que estar en La Plata? ¡Ah! ¿y que usté viene de allí?.. ¡Ah! Es tan grande La Plata. ...Así es, señora, sirve para muchas cosas. la plata. ...Nada, no se ha recibido noticia del ex Delegado de Africa... De nada, señora.

El bombero colgó el receptor y volvió al sillón.



Los rayos de una débil lámpara encendida en el hall caían rojizos sobre la estatua de mármol que se alza a un costado, representando LA JUSTICIA.

—¡Es de mármol! Pero... ¡se ha puesto colorada! —exclamó el bombero, y se durmió de nuevo, soñando que no había nacido para apagar incendios.

Versión directa del "Iala" por

Lucien Fontenay

CRITERIO

LA VOZ DEL CATOLICISMO,

ECO FIEL DE LAS ORIENTACIONES PONTIFICIAS

REVISTA SEMANAL.

"CRITERIO" fué años atrás un anhelo íntimamente acariciado.

"CRITERIO", en el día de hoy, es una realidad feliz en el campo católico.

"La doctrina de la Iglesia Católica aplicada de continuo leal e inteligentemente a los acontecimientos nacionales y mundiales; he ahí la obra orientadora, elevada y apostólica, llevada a cabo por la revista "CRITERIO".

"Quienquiera —sea de nuestro campo o de filas adversas— desee conocer a fondo la doctrina de la Iglesia, vivida en la realidad de las últimas décadas, no tiene más que recorrer las páginas de los múltiples volúmenes de "CRITERIO".

"La labor desplegada en dicha Revista por el incansable y fecundo director, Monseñor Gustavo J. Franceschi y sus colaboradores, reclama el agradecimiento de los católicos argentinos y de todas nuestras instituciones.

"Hay una condición especial, que quiero considerar como un carisma dado por Dios a esta labor de apostolado. Es la propiedad admirable de ver y estampar en sus páginas la visión del futuro a través de las ideas y de los hechos humanos; premio de la cristiana humildad con que se sigue por el camino iluminado por la luz indeficiente del Magisterio Romano. Por esto advertencias y anuncios publicados hace tiempo podrían ser repetidos actualmente, como comentarios de las realidades de nuestros días.

"La verdad, como la enseña la Iglesia Católica en toda su claridad divina, es el programa hecho efectivo por "CRITERIO", con cristiana valentía, con intrépida fe y con ciencia digna de admiración. "CRITERIO" es la voz católica, que resuena en nuestra República, recordando y señalando las verdaderas sendas cristianas a recorrer en servicio de Dios y de la Patria.

"Mi aspiración personal es de que "CRITERIO" esté en las manos de todos nuestros católicos, ilumine sus inteligencias y oriente el ejercicio de sus energías en toda su vida.

"No sería más que la manifestación de la justa gratitud, que a la revista "CRITERIO" debe el catolicismo de la República Argentina".

Nicolás **FASOLINO**
Arzobispo de Santa Fe

Noviembre de 1943.

Hombres en busca de Castigo

El libro que merece llenar una hora en el mundo

POR

Enrique Benitez de Aldama

•

"Está a punto de agotarse la 2ª edición de "Hombres en busca de castigo". Creemos que, quien haya leído con posesión de ello ese libro extraordinario, ha de confesar que es una de las obras más vigorosas que han surgido a luz en nuestros últimos tiempos.

"Hombres en busca de castigo" es un libro formidable. Todo el panorama de la actual crisis moral del mundo de hoy, origen de la crisis total en que nos debatimos, ha sido estereotipado con talento magistral. Y si a ello se añade la original contextura adoptada por el autor, su estilo de perfecta fluidez y dominio idiomático, sus imágenes expresivas y las otras modalidades de estilo muy suyo, puede bien afirmarse que la nueva obra de Benítez de Aldama, campea en la categoría de las obras superiores y universales aparecidas en los últimos años. "Hombres en busca de castigo" pertenece y supera a arrestos como "La Incógnita del hombre" de Alexis Carrel; es decir, que está dentro del rango de aquellas obras que llenan o merecen llenar con su fama un mundo de lectores, a través de todas las fronteras.

Las de este libro, son páginas macizas de fondo, de luz que a veces es fuego, de ideas que no desperdician espacio, en una elocución que se destrenza como racha huracanada. Hay espiritualismo avasallador y apología brillante y filosofía de acero y sociología de la más sana nervadura. Sólo un cerebro de excepción puede escribir con el dominio filosófico con que se expresa este autor. ¿Queréis un párrafo al azar, como atisbo?.. Abro el libro (y con toda lealtad, en una página cualquiera). Dice la página 134: "Las épocas históricas tienen uno de dos aspectos; son creadoras o aplicadoras. Ahora estamos en un período de transición en el que no es posible seguir aplicando lo que ha fracasado. Pero este estado de revolución, no significa todavía estado de caos. La insatisfacción generalizada, el desasosiego universal, en que gobernantes y gobernados presienten que es necesario hacer algo y no saben qué, es el imperativo de una renovación necesaria e ineludible. Imperativo tan violento, que ha llegado a constituir casi un principio, al menos un principio de transición, un principio revolucionario"... "La juventud es acción, es torrente, es fuego, y en eso está su peligrosidad: en que tiene algo muy bueno y algo muy malo. Se lo dijo Mirabeau a Robespierre: Joven, la exaltación de los principios, no es lo sublime de los principios".

"Y todo esto lo dice Benítez de Aldama, no como uno de esos hierofantes, tragavirotes o retrepados, sino como habla el hombre modesto que a veces puede ser altisonante, pero por la apasionada sinceridad que lo embarga.

"Y así con entonación casi siempre de grandiosidad, se llega hasta la última página de esta obra recia, lógica, en ocasiones diríase ciclópea, desarrollando un plan bien trabado hasta terminar dónde y cuándo y cómo el autor se propuso.

"Es el libro de esta hora: profundo, universal, formidable".

Alfonso Durán, Pbro.

Pida hoy mismo esta obra al "Club de Lectores"

Av. DIAGONAL ROQUE SAENZ PEÑA 501 — Piso 6º

U. T. 34 - 6251

